

AFRICA



EPOCA SEGUNDA. AÑO SEXTO

OCTUBRE 1930



DOMICILIO SOCIAL: VIA LAYETANA, 2.--BARCELONA
REPRESENTACION: PLAZA DE LAS CORTES, 6.--MADRID

SERVICIOS DE CORREOS

LÍNEAS DEL NORTE DE ÁFRICA

De Málaga para Melilla y viceversa, diario; de Algeciras para Ceuta y viceversa, diario; de Algeciras para Tánger y viceversa, diario; de Cádiz para Tánger-Ceuta y viceversa, semanal; de Cádiz para Tánger y viceversa, semanal; de Cádiz para Larache, los días 1, 5, 10, 15, 20 y 25 de cada mes; de Larache para Cádiz, los días 2, 6, 11, 16, 21 y 26 de cada mes.

LÍNEAS DE CANARIAS

De Cádiz, todos los domingos a las 15 horas; de Barcelona (servicio rápido quincenal), el jueves cada dos semanas; de Barcelona (servicio quincenal con escalas en los principales puertos del Mediterráneo y Norte de África), el miércoles cada dos semanas.

LÍNEAS DE BALEARES

Comunicaciones directas, regulares y rápidas desde Barcelona, Tarragona, Valencia y Alicante para todos los puertos de Baleares y viceversa. Servicio mensual entre Marsella-Palma de Mallorca-Argel y viceversa.

SERVICIOS COMERCIALES

Línea regular semanal con salidas los jueves de Barcelona para los puertos españoles del Mediterráneo, Norte de África, españoles del Atlántico y Cantábrico hasta Bilbao y viceversa. Líneas regulares entre Barcelona-Valencia, Barcelona-Alicante-Orán y Barcelona-Castellón-Candía y viceversa en los tres servicios. Líneas regulares de carácter semanal entre España, Inglaterra y viceversa.

Para más detalles, dirigirse a las oficinas de la Compañía o de sus Consignatarios en cualquiera de los puertos de España, Baleares, Norte de África, Canarias e Inglaterra.

El Presidente de la República francesa en Marruecos



El día 15 del presente mes, M. Gastón Doumergue, Presidente de la República francesa, desembarcó en el puerto de Casablanca para rendir visita a S. M. I. Sidi Mohamed, Sultán de Marruecos.

M. Doumergue devuelve con toda solemnidad la visita que el joven Sultán hizo recientemente al primer magistrado de la nación protectora.

Esta visita es la segunda que un Jefe del Estado francés hace al Sultán marroquí, habiendo sido M. Millerand, hace ya ocho años, quien precedió a M. Doumergue en esta prueba de afección de Francia para con el país protegido.

El actual viaje presidencial ha tenido excepcional importancia y ha sido realizado con extraordinario esplendor, habiéndose hecho acompañar M. Doumergue por un brillantísimo séquito en el que figuraban, a parte de otras destacadísimas personalidades de la política y de la Administración de la vecina República, M. Maginot, ministro de la Guerra, que lo ha sido también de Colonias, antiguo combatiente y figura muy justamente apreciada del colonismo francés, M. Dumesnil, ministro de la Marina de Guerra, M. Louis Rollin, ministro de Marina mercante, M. León Basety, subsecretario del Presupuesto y M. Bouillaux Lafont, vicepresidente de la Cámara de Diputados de Francia. El viaje presidencial de Tolón a Casablanca fué hecho en el crucero Colbert.

El ilustre jefe del Estado francés desembarcó en Casablanca, el día 15 como hemos dicho, y fué huésped de honor del Imperio marroquí hasta el día 21 en que embarcó de retorno.

En Casablanca fué recibido por Su Majestad Imperial el Sultán, el Residente General M. Saint y todos los ministros del Majzen imperial, y, aparte de las representaciones oficiales, una muchedumbre enorme de indígenas, franceses y de todas las colonias extranjeras residentes en Marruecos. La acogida ha sido francamente cordial y la bondad natural, delicadeza y atrayentes condiciones personales del Presidente francés han contribuido a enfervorizar más los entusiasmos.

M. Doumergue ha visitado Casablanca, Rabat, Mequinez, Fez, Marrakech y Feddala, habiendo recibido significativas ma-

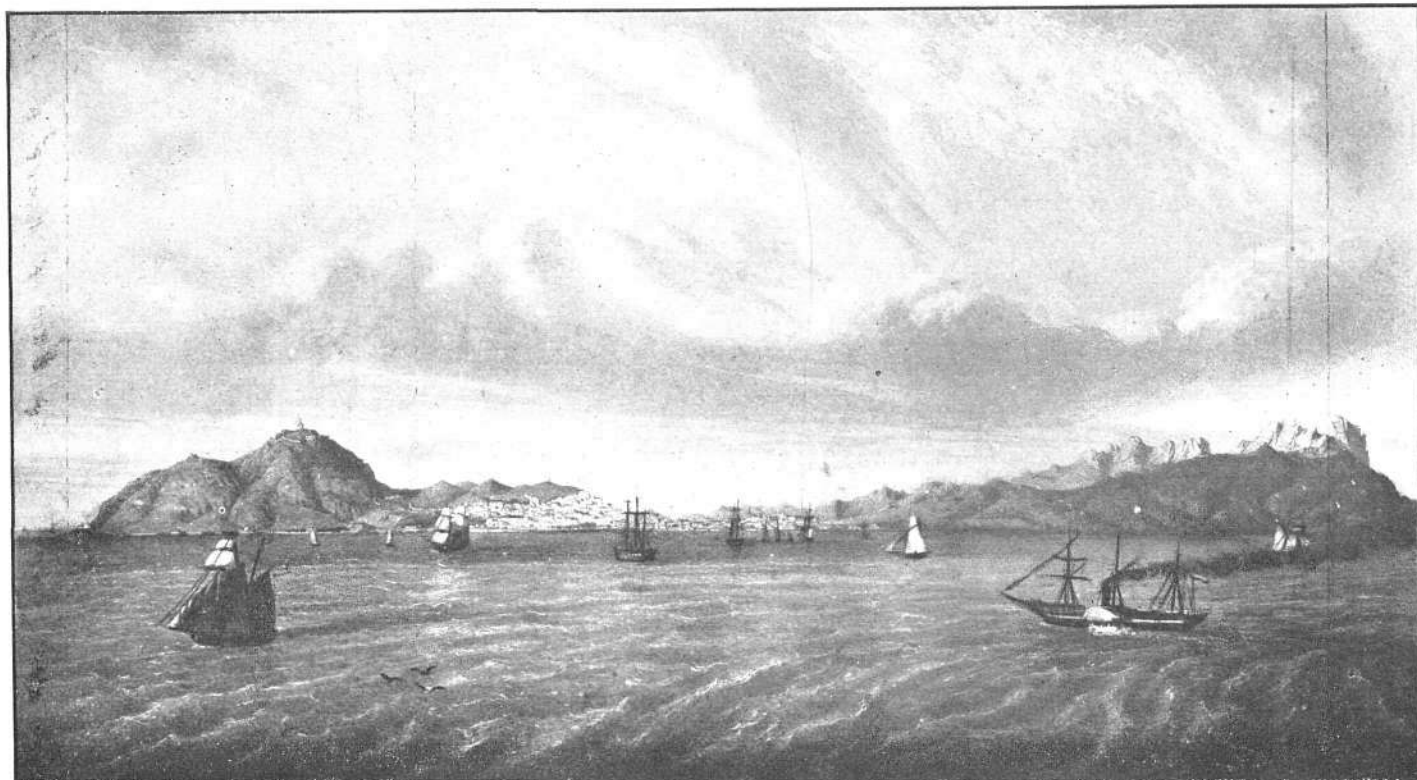


M. Gastón Doumergue, Presidente de la República Francesa

nifestaciones de simpatía y adhesión, tanto hacia la gran nación que él encarna, como hacia su propia personalidad.

Por ausencia de nuestro Alto Comisario Excmo. Señor Conde de Jordana, acudió a la zona vecina a ofrecer sus respetos al Presidente francés en nombre de España y del Protectorado Español en Marruecos, el Excmo. Sr. D. Teodomiro Aguilar, ministro Plenipotenciario, Delegado general de nuestra Alta Comisaría y Alto Comisario interino.

AFRICA aprovecha esta visita para expresar sus respetos y sus simpatías al primer ciudadano francés y para desear a la gran nación amiga y coprotectora nuevos progresos y éxitos en su espléndida labor colonizadora y civilizadora.



Ceuta en 1860

EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

EPISODIOS PRINCIPALES DE UNA TRAGEDIA HISTÓRICA

I

LOS descubrimientos marítimos iniciados en el siglo XV por los portugueses inauguraron la época oceánica de la Historia humana. Esta, que primero fuera fluvial y luego mediterránea, iba a ser, vencido el espacio que separa América de Europa, atlántica. Quiere esto decir que la vida de las nuevas sociedades vendrá del mar, y que el dominio marítimo será la fuente del poder político. Ahora bien, este es precisamente el momento en que el Estado español se decide a apartarse de los recién descubiertos océanos y aun del Mediterráneo, entregado a turcos y berberiscos, para refugiarse en las parameras y consagrarse al culto de la religión y de las musas.

Dicho esto y quedar suficientemente explicado el derrumbamiento del imperio español, y lo efímero de su poder, es todo uno.

Desde entonces acompaña a su atrofia progresiva el constante crecimiento y aumento de potencia de los pueblos que van tomando posesión de los caminos marítimos y, con ellos, de las riquezas de los nuevos mundos que los peninsulares no habían hecho mas que descubrir, poseyendo en precario, por falta de poder naval, la mayor parte de lo descubierto.

Echemos una rápida ojeada a la expansión marítima de esos pueblos que, más aptos para el trabajo y la producción, supieron aplicar estas cualidades a la navegación y al comercio.

II

Notemos primero que el mar es eficazmente educador. Por lo mismo que pone constantemente a prueba la energía humana, la estimula y perfecciona. El marino corre muchos más peligros que el labrador, y tiene que aguzar el ingenio para conjurarlos. No puede descuidarse un momento, y la tierra no es para él sino base de operaciones en la lucha por el pan cotidiano. Ese pan está en las aguas mucho más que en los campos. Lo dá la pesca, el transporte y el tráfico con los transeuntes. Del constante contacto con muchas y diversas gentes viene una continua lección de cosas que al campesino falta. De aquí, también, una superior educación de la inteligencia que acompañada de la voluntad,

igualmente en constante ejercicio, dá el tipo social y político púnico y griego, en lo antiguo, escandinavo y anglo-sajón en lo moderno, esencialmente diversos del estepario que podemos representar en el persa, antiguamente, y en el turco y castellano en nuestra época.

Para producir esos tipos se asocian el teatro geográfico y la raza. Sin disposiciones ingénitas del hombre, el factor natural trabajaría en vano. La Geografía determina y perfecciona, no crea. Los romanos nunca tuvieron aptitudes marítimas, y aunque asociados a los griegos, que las tenían, consiguieron (cierto que aprovechando las discordias políticas de Cartago) el dominio absoluto del Mediterráneo, nunca lo supieron aprovechar, y uno de los signos característicos de su decadencia fué la atrofia del tráfico marítimo, como lo sabemos por las leyes mercantiles de Teodosio y Constantino, estimulantes de la moribunda actividad de los *navicularii*, es decir, de los armadores.

Desvanecida la leyenda del Mar Tenebroso, descubiertas vastas tierras del otro lado del Atlántico, luego entraron en acción las ventajas de la posición del archipiélago Británico, situado, no ya en el camino de las naciones del Norte de Europa o las del Sur o mediterráneas (en el que Portugal y el Estrecho de Gibraltar eran estación y punto de paso obligatorios) sino, además, en las nuevas vías que se abrían entre la gran llanura europea, llena de hombres y de productos, y la aún más vasta de la América septentrional, del todo vacía de aquellos, y como que llamándolos con la oferta de nuevos tesoros. Porque, contra lo que al principio se creyó, esta América era mucho más rica que la tropical que a portugueses y españoles tocara en suerte.

No ostentaba las apariencias de la superioridad económica, pero poseía las realidades. Tenía menos exuberante flora y no ofrendaba opulentas minas de preciados metales, pero tampoco imponía a la raza descubridora la obligación de degenerar para adaptarse, y abría infinito campo a sus actividades, avivándolas en vez de amortiguarlas; en clima continuador de el de las metrópolis, por extenderse por las mismas latitudes; con un suelo

sin obstáculos, fértil en los mismos productos que los que la gente de Europa consumía y cada vez había de consumir más por el constante y rápido aumento de los consumidores. Por donde vino a encontrarse la naciente Inglaterra en el punto de cruce de las dos mayores vías de la nueva civilización marítima, y como la mezcla germano-celta (daneses, sajones, normandos e indígenas) allí instalada, la supiera utilizar, pronto surgió, de la colaboración del hombre con su morada más marítima que terrestre, el imperio de los mares que todavía dura, aunque ya vacilante por estar en vías de formación otra combinación mejor dotada.

Parecidas causas produjeron la expansión y poderío de Holanda. El holandés pasó de la navegación interior a la exterior natural y lógicamente. Los Países Bajos son anfibios. Tuvieron desde que en ellos se instaló el hombre, más caminos líquidos que secos. Por eso en cada holandés había un marino en germen. Este germen rápidamente prosperó, y creció y dió fruto. Bastó-le, como a su hermano el inglés, que la ocasión se presentara. La ocasión se la dieron los iberos. Primero los de los Países Bajos de acá, o sea Portugal, descubriendo la nueva ruta de las Indias, con lo que desviaron del Mediterráneo el comercio de la especería y de otras mercancías de precio, para llevarlo a Lisboa, y luego de allí, rumbo al Norte, a los puertos de Flandes, Zeelandia y el Báltico. Después los de los Países Altos ibéricos, donde no había un canal, ni un río navegable, ni apenas se tenía noticia de lo que fuese un barco, y sólo se sabía de majadas y arriería y los espíritus superiores enseñaban a los inferiores a despreciar este miserable mundo, valle de lágrimas (este lagrimeo era casi la única humedad conocida), que sólo servía de paso para otro mundo mejor. Al choque entre estos Países Altos y aquellos Bajos que dije, se le conoce en la Historia con el nombre de Guerras de Flandes o de los Países Bajos, y todavía no tienen los españoles un solo libro que se las explique, aunque de esa explicación podrían salir otras que les mostrasen las causas ignotas de lo que les ha pasado y lo que les pasa.

Diré aquí solamente, porque no puedo detenerme a examinar el punto tan minuciosamente como quisiera, que esta desviación de las corrientes comerciales marítimas fué la segunda causa de la decadencia mercantil de Ceuta. La primera ya la hemos visto: el carácter de cruzada que tomó la conquista y que la aisló de las comarcas situadas a sus espaldas. La segunda, la decadencia de las comunicaciones entre el Atlántico y el Mediterráneo, ganado por el turco, pero abandonado también por el comercio con Oriente, que ahora se hacía por el Cabo de Buena Esperanza, quedó todo un lado de la Península como muerto. España padeció un verdadero ataque de hemiplegia.

Cuando Portugal se separó, la parálisis vino a ser casi total. Consolóse con novenas, conjuros, comedias, cuadros de santos, milagros y batallas, continuos ayunos (más por necesidad que por devoción) y maceraciones.

Pero sus escuadras desaparecieron del mar.

III

Mediado el siglo XVII parecía Francia la nación mejor preparada para substituir al Imperio español, ya del todo caído y reducido a la triste condición de caña hueca, según de él dijo el célebre político holandés De Witt. Aventajaba a todas las naciones de Europa en población. Tenía casi 20 millones de habitantes, mientras España, Inglaterra y Alemania no pasaban

de 6. Parecía haber rematado el edificio de su constitución política y administrativa; poseía el mayor ejército; el Estado recaudaba cuantiosas sumas anualmente, y sin duda era el más rico. Pero los 6 millones de ingleses acabaron por sobreponerse a los 20 millones de franceses, gracias a la siguiente razón, principalmente. Inglaterra empleó todas sus fuerzas en un solo fin: la expansión comercial y marítima. Francia persiguió simultáneamente dos: el dominio marítimo y el terrestre. Quiso superar a todas las naciones en poder naval y militar, y como sus fuerzas no bastaran para ello, sucumbió en lo uno y en lo otro.

La disposición de sus costas no la permitía concentrar sus escuadras. Tenían, para ello, que pasar por el Estrecho de Gibraltar, Inglaterra, en cambio, mantenía siempre juntas las suyas en una sola. Desde que se instaló en el Peñón anuló la potencia naval francesa y destruyó la española. La alianza Borbónica llamada Pacto de Familia, no bastó a compensar las ventajas de aquella posición. Sobre todo, contando Inglaterra con las bases intermedias, excelentes para el socorro de aquella plaza, que Portugal la proporcionó en las guerras que siguieron: Lisboa, Lagos.

Así la Geografía favorecía a los ingleses. Pero no solo dándoles las mejores posiciones para dominar los mejores caminos, sino también las más felices aptitudes para conquistarlos, mantenerlos y aprovecharlos. Los españoles creían que la riqueza consistía en la posesión de oro, y pasaban los grandes trabajos para conseguirla *sin trabajar*. Los franceses, menos deslumbrados por la conquista aurífera, concentraban toda su energía en conservarlo apenas conseguido. Aquellos eran aventureros. Estos pacientísimos ahorradores. Pero aventureros y pacatos guardadores de monedas no se convierten en navegantes y colonizadores. En cambio ingleses y holandeses tuvieron por la mejor de las riquezas el esfuerzo, el trabajo. De un buen tendero fácilmente sale un buen comerciante, y de un buen comerciante un hábil navegante. Son profesiones que se completan y como que se continúan. En cambio de un excelente hidalgo español, para quien trabajar es envilecerse, no sale absolutamente nada. De este tipo humano se derivan el pícaro, el matón o el asceta, pero no el marino director de naciones y fundador de verdaderas colonias.

Algo de esto sucedía en Francia. Por eso Colbert tuvo que dar su famoso decreto declarando, en nombre de Luis XIV, que los nobles podían interesarse en el comercio marítimo, pero en grande, no al por menor; añadiendo que lo hacía «porque importa al bien de nuestros súbditos y a nuestra propia satisfacción, borrar los restos de la opinión generalmente esparcida en el público que el comercio marítimo es incompatible con la nobleza». Inútil empeño porque como muy bien dice Mahan, los prejuicios sociales no se estirpan con leyes, y más en conformidad con el carácter de los franceses estaba Montesquieu al escribir «que el ejercicio del comercio era incompatible con la nobleza.» (Mahan. «De la influencia del poder marítimo en la Historia» página 68 de la ed. francesa).

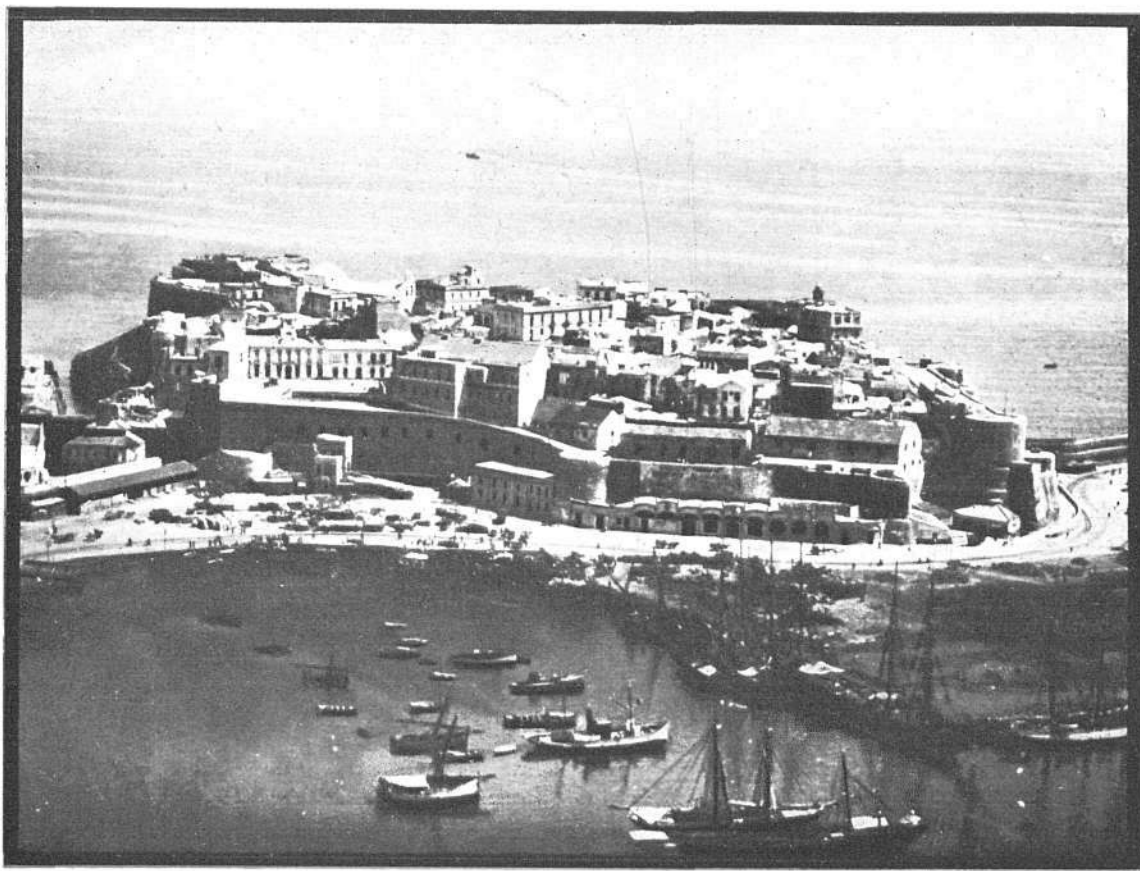
He aquí por qué las escuadras francesa y española aliadas perdieron cuantas batallas dieron a las inglesas en el Estrecho de Gibraltar.

Quédese para el próximo artículo esta curiosa historia.

Gonzalo de REPARAZ

Barcelona, octubre 1930.





Melilla la vieja, en la actualidad.

DE LA VIEJA MELILLA

GLORIOSA MUERTE DE D. CARLOS RAMÍREZ DE ARELLANO (14 de julio de 1646).



En la época del hecho histórico que pasamos a relatar, —mediados del siglo XVII—, la defensa exterior de Melilla, estaba solo constituida por las obras de su tercer recinto. Es decir, que las fortificaciones tenían término por sus frentes de tierra, en las murallas sobre las que hoy se respaldan algunas construcciones urbanas del Mantelete, a lo largo del comienzo de las actuales calles de Jardines, Alfonso XII, Santiago, Medina-Sidonia, Pescadería, Puerta de la Alafia en el foso del Hornabeque, y frente abaluartado de la derecha del camino que conduce a la Alcazaba; quedando cerrado el recinto junto a la Ensenada de los Galápagos, con el Torreón de las «Cinco palabras».

Tal era el perímetro de nuestra plaza de guerra en el año de gracia de 1646, gobernada por D. Gabriel de Peñalosa, de la Orden de Santiago, quien por causa de una visita de inspección que la hiciera el Comendador Rejón de Silva, hubo entonces de ser llamado a España, donde quedó residenciado por algún tiempo.

La morisma, dominando en las alturas del Cubo, (ahora emplazamiento del fuerte de Victoria Grande), morodeaba a diario por las cercanías del lugar en que más tarde se levantó el Fuerte de San Miguel, hacia los puntos que llamaban «Entrada de los caballos», «Quemadillo», «Ataque Seco», «Ataque Rojo», «La Ramblilla» (Parque Jordana), «Ataque de la Vega», (cruce de las calles de Canalejas y Cervantes), Tarara (actual Farmacia Municipal), e Higuera Santa, en el Cerro de Santiago, con los oteros de la «palmilla» y «el algarrobillo».

El río Oro, cruzando en dirección aproximada de una línea que determinan hoy el Puente del Tesorillo y la calle del General Marina, —río que más tarde llegó a socavar en sus crecidas los muros del Mantelete exterior—, poblado de cañas y arboleda baja, a que llamaban «el umbreño», ocultaba la perfidia de los moros vecinos a la plaza, enemigos que durante cuatro siglos no dejaron de aprovechar ocasión para mortificar con sus ataques, llevándonos casi siempre la ventaja de la iniciativa en tales correrías y sorpresas.

Grande era el abandono en que por entonces se encontraban las fortificaciones de la plaza, tanto, que Peñalosa hubo de manifestar al Rey Felipe IV, que «las puertas del mar, tan inservibles estaban, que se podía entrar por ellas luego de cerradas, obligando a dejar guarnición para su defensa». Melilla en aquella época era como una cesta en que hubiera de guardarse agua.

Repatriado Peñalosa, se hizo cargo del Gobierno el Sargento Mayor de Orán, Don Carlos Ramírez de Arellano, caballero santiaguista, de la ilustre familia de los Condes de Aguilar. Su coetáneo, el Vicario eclesiástico Don Juan Bravo de Acuña, a quien debemos considerar como el primer cronista de Melilla, por las consignaciones históricas que dejó sentadas en el libro de defunciones de nuestra Iglesia Parroquial, relata como testigo presencial el luctuoso suceso acaecido el miércoles, 18 días del mes de julio del año 1646...

Servía Don Diego de Arce, tan animoso como joven, la plaza de Capitán de caballos de esta Fuerza, y según era de costumbre, salió a las cuatro de la tarde con la escolta, dirigiéndose al fuerte de la Albarrada, que debía estar situado en la primera manzana de casas de la actual calle de Canalejas, muy próximo al río. Marchó el ganado a comer, sentaron las armas en el fuerte, los hortelanos pasaron a los huertos que había en las inmediaciones del hoy Casino Militar, mientras que los esclavos cargaban agua, como todos los días. A poco más de tres cuartos de hora, saltaron de sorpresa cosa de catorce caballos del enemigo. Diose por los nuestros la grito, y salieron del recinto los pocos caballos que había y la infantería, con lo que los moros simularon retirarse llevando alguna malicia por tener en la Celdada alta, que es la actual Cañada del Cementerio, hacia el Umbreño, más exacto, junto a los cañaverales del río, unos 300 caballos y 2.000 peones como después pareció, visto lo que hicieron en nuestro daño.

Al escuchar Don Carlos Ramírez de Arellano el toque de alarma y llamada, comenzó a vestirse, llegando hasta él un escudero de los de Arce con aviso de que el rebato era solo por 12 caballos; que se habían ya retirado, y que no tenía que salir

ni inquietarse, puesto que no era de temer se llevasen nada. «Díjole irritado Don Carlos que se callase; pidió un colete y sus armas, y el escudero volvió a insistirle para que no saliese; respondióle Ramírez de Arellano que era un majadero, que sabía lo que había de hacer sin admitir consejo; montó al fin en el caballo de este escudero, marchando con toda la gente que había en Melilla, más la del Bergantín del Peñón, que habían llegado a por sal; serían en junto como 140 hombres, poco más.

Llegado que fué al fuerte de San Marcos, cerca de donde hoy se levanta el de San Miguel, tal vez por el actual «Rastrillo de las espadas» donde Don Diego de Arce había hecho alto, *mandó salir de cada fuerte a dos o tres hombres, y con todos juntos partió de la Albarrada; descubrieron «la palmilla», «el algarrobillo» y la Celada alta, ocasión en que D. Diego le dijo no tenían que pasar de allí, ya que los moros se habían ido sin hacernos daño.*

«Los soldados con su aliento le animaron a seguir, y como mozos que eran, algunos aclamaron el recuerdo del Conde de Casa-Palma Don Francisco de Córdova, que había sido gobernador de esta plaza por los años de 1625-1632, lo que exaltó a Don Carlos, despertó su temerario valor, picado de lo que los soldados decían del Conde, o deseoso de demostrar su heroísmo, e hizo marchar hacia el Umbreño.

Apenas llegó allí con su gente, de la Celada le ciñeron dos mangas de caballos, sorprendiendo a la tropa en medio del peñaje, *conque ni fuésemos de valer ni ser de su gente valido.* Los primeros tiros de los nuestros mataron solo dos moros sin contener la morisma, y viéndose los soldados rotos, soltaron las armas y volvieron las espaldas. Los enemigos tomaron por suya la oca-

sión, y dieron con los cristianos, de suerte que vimos llevarse 29 de Melilla, entre ellos dos cabos de escuadra y dos soldados del Peñón, mientras se hacía matar heroicamente el Alférez de Infantería Don Lope de Fomista, el sargento Pedro López con otros dos adalides y 44 soldados con dos caballos y sus ginetes.

«Llevaronse la cabeza del Alcaide y las manos, otras cabezas y manos de otros cinco o seis; volviendo solo 20 o 30 hombres con Don Diego de Arce. Todo esto pasó en media hora poco más. Los llantos de esta ocasión, júzguelos el piadoso».

Y escribe el Padre Bravo de Acuña, que al día siguiente llegó toda la morisma *al lugar donde fué nuestra desdicha y su ventura*, rematando a los heridos, y viniendo hasta los huertos, retirándose luego de destrozar las viñas, siendo muerto por los defensores de San Marcos, un moro que no pudieron retirar en el combate.

El cuerpo descabezado de Don Carlos Ramírez de Arellano, recibió sepultura el día 20, en la Capilla de Nuestra Señora de la Victoria, que era en las afueras de la Villavieja, haciéndosele oficio de tres nocturnos (maitines), con tres misas cantadas de cuerpo presente.

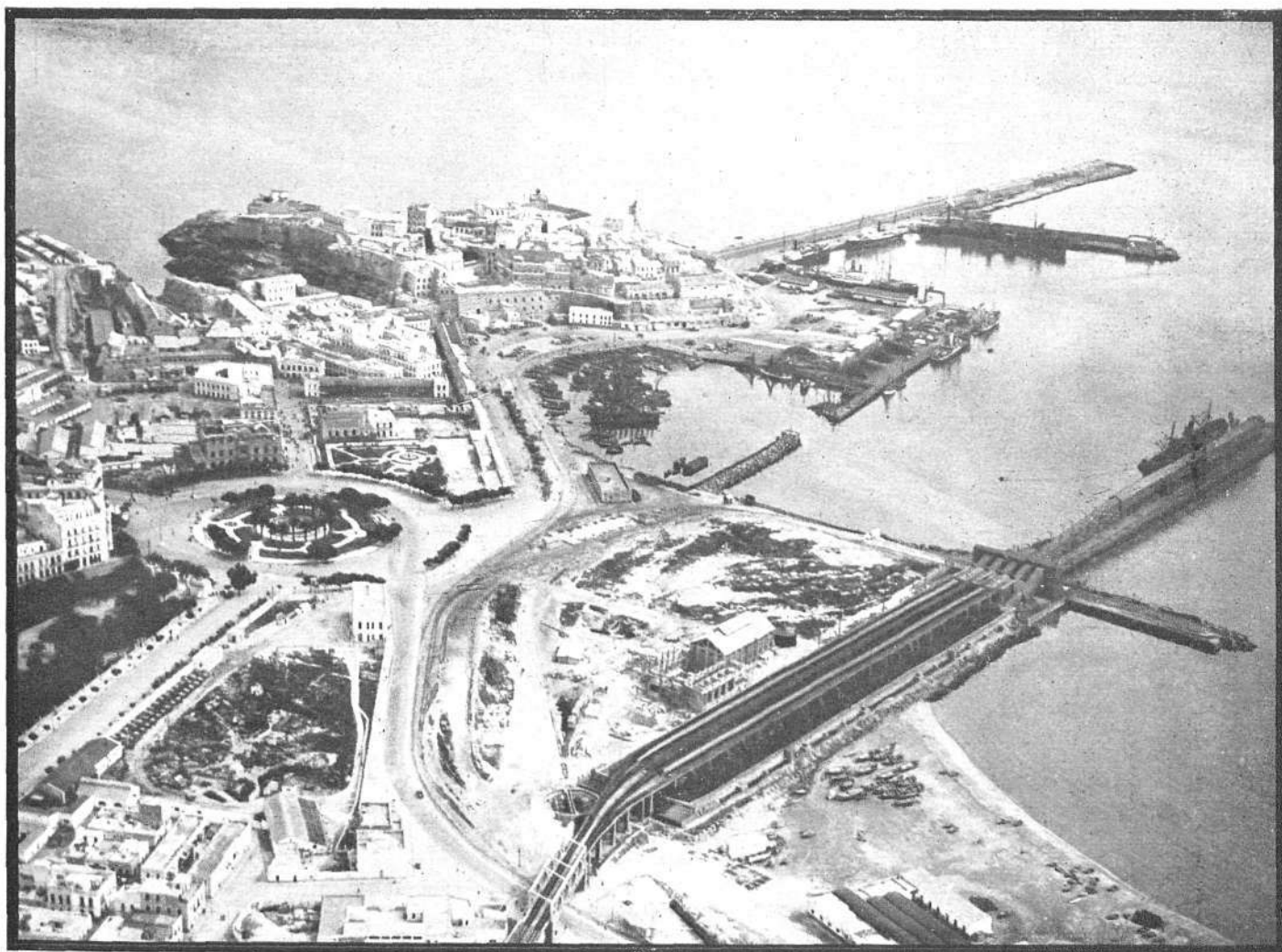
De este modo, terminó «aquel», cuyo invencible corazón cumplió con sus obligaciones, pues dió la vida en esta ocasión por la Fe y por su Rey, descendiente en fin, del Conde de Aguilar».....

Rafael FERNANDEZ DE CASTRO.

Académico C. de la Real de la Historia.
Cronista Oficial de Melilla.

(Del libro en preparación «Callejero ilustrado de Melilla»).

Septiembre de 1930.



La presente fotografía da idea de la expansión de Melilla en torno a la vieja fortaleza.

Orientaciones para la Sanidad en el Protectorado

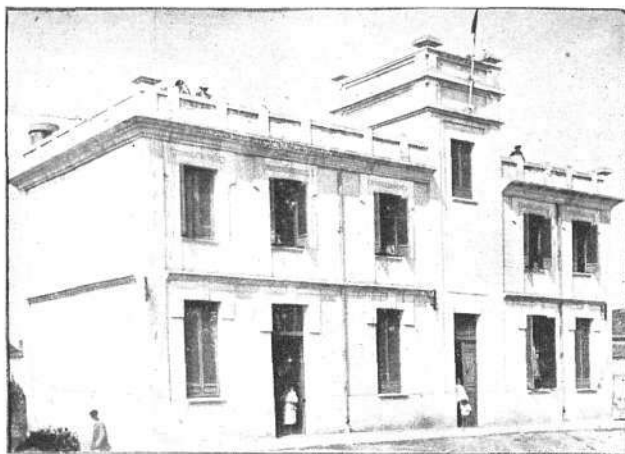


ON razón se ha repetido mil veces que uno de los valores educativos más poderoso de que podemos servirnos para penetrar en el alma de un pueblo de civilización inferior o retrasada, es el de la sanidad en sus varios aspectos. Nos proponemos, de manera sucinta, tratar sobre algunos de éstos, entresacados del montón de nuestras ideas sobre ellos, contribuyendo así modestamente a la erección del edificio de la sanidad de paz en nuestro Protectorado Marroquí.

El ejercicio profesional de la medicina no es una práctica homogénea, o, mejor dicho, rectilínea. Por el contrario, sus modalidades son tan diversas como lo son los ambientes en los que se desenvuelve. La medicina aplicada en la aldea, o en la ciudad; en el cuartel, o en el orfanato; en el palacio, o en la bohardilla y en el hospital, o en el hogar, no puede ser, ni aún en esencia, la misma. Tan verdad y tan conocido es esto que, si vemos hostiles y separados por el desafecto, al médico y a su clientela, podemos afirmar sin temor a equivocación que ese médico es un inadaptado al medio en el que ejerce su profesión. Más allá de lo que aquí nos proponemos comentar nos llevaría el entrar en consideraciones detalladas acerca de la actual evolución del concepto de asistencia médica al enfermo; pero, en apoyo de la conclusión que deseamos establecer, hemos de señalar la diversión cada día más patente de la visita médica hacia un concepto de ciencia psicológico-social en el que la farmacopea va quedando muy al margen, para ser sustituida por una terapia atenta por igual a la psicología del enfermo y a la modalidad de su ambiente social. Aún entre los países de civilización análoga, las diferencias de raza, cultura, usos y costumbres, modifican de tal manera la aplicación de los conocimientos médicos, que lo que en un país anglosajón, por ejemplo, es admitido y practicado corrientemente, en otro neolatino puede llegar a ser rechazado hasta por el mismo profesional, y los procedimientos de curación que sobrepasen la simple receta de una especialidad farmacéutica con marchamo de moda, encuentran mil dificultades al cambiar de fronteras étnicas. Para llegar a imponer por la persuasión los conceptos modernos de asistencia y tratamiento del enfermo, es preciso antes modificar paralelamente costumbres y prejuicios y, sobre todo, la disposición y funcionamiento de los nosocomios; porque, sin una acción simultánea de cultura y de dignificación, no se conseguiría más que aumentar la distancia entre los dos elementos que precisamente tratáramos de unir. Tiene, sin embargo, Marruecos un término en el problema que modifica radicalmente el procedimiento a seguir para llegar a la aproximación deseada. Así como, entre nosotros, las diferencias notabilísimas que separan nuestra Sanidad Pública de la de los EE. UU., podríamos reducirlas a cero, en cuanto a calidad, con la simple aproximación proporcionalmente cuantitativa a ellos en Instrucción Pública, en nuestro protectorado estamos precisamente obligados a respetar, e incluso a favorecer, sus códigos religioso, moral, político y cultural que se condensan para el musulmán en el El Koran intangible. Al médico no se le pide, sino se le ordena, que al asistirlos respete todas sus costumbres aun con detrimento de su dignidad profesional cuando espera, paciente y molesto, ante la puerta hermética y cuando, claudicando en su concepto de autoridad, accede a explorar a una enferma que, en nombre de sus deberes sociales, se niega a descubrirle el rostro privándole con ello de un dato de valor diagnóstico insospechado para quienes no sepan que si la cara puede, a veces, no ser el espejo del alma, lo es, siempre, del cuerpo.

La atracción, pues, del indígena al campo de la sanidad hemos de fundamentarla en una acción político-sanitaria que ha de aplicarse con sumo tacto por parte del médico, a quien no ha de bastar su bagaje científico para compenetrarse y dominar al enfermo, mientras no conozca por la convivencia profesional prolongada la manera peculiar de ser de la gente marroquí y el fondo filosófico de escepticismo que en este, como en tantos otros aspectos, lo caracteriza.

El segundo artejo de la empresa civilizadora por medio de la sanidad, es el del lugar y modo de colocarnos en contacto a educadores y educandos. Hasta hace unos meses, la paz no ha podido diferenciarse de la guerra más que en la rápida disminución de los contingentes militares y, como alguien ha dicho, es más sencillo transportar batallones a la Península que organizar en Marruecos una vida de protectorado que implica el cumplimiento de mandatos internacionales que complican extraordinariamente la, ya de suyo difícil, función legisladora. Pero llegado el momento de emprender la organización de paz, creemos oportuno pronunciarnos porque la sanidad al protegido se diferencie muy distintamente de la sanidad aplicada al europeo. La primera, es una empresa de civilización; la segunda, de asistencia



Enfermería Mixta de Arcila

social en función de caridad. No tiene más punto de contacto que el caer, ambas, dentro de la medicina humana. No podemos pretender ganarnos al indígena obligándole a dar el enorme salto que para él significa la convivencia con el europeo y bajo los mismos reglamentos. El sólo hecho de verse obligado a trasladar al enfermo a un núcleo de población en el que el europeo abunda, retrae al musulmán y le lleva a prescindir de nuestra misión ante el temor de verse enfrentado con los prejuicios de su vida local y así vemos cómo, si bien ha aumentado el número de estancias de hospital causadas por ellos, la categoría social de los acogidos es, en una mayoría que se acerca mucho a la totalidad, recluta de hetairas, de inútiles, de pordioseros, de crónicos y de ancianos; de despojos de su pueblo. Pero, ni la mujer casada, ni, por ende, el niño, ni mucho menos la soltera, acuden a nuestros hospitales en la cantidad con que su indudable enfermería, a juzgar por la numerosa clientela que frecuenta los Consultorios del campo, debe reclamar la asistencia médica hospitalaria. El horror de los españoles al hospital es más el producto de las deficiencias que encontramos en la mayoría de nuestros nosocomios, que la resultante de su incultura. Nuestro pueblo es un terreno sin roturar en el que la labor más somera determina espléndida cosecha. Y el pueblo marroquí, tierra virgen pronta a dar el fruto más abundante si el procedimiento de cultivo es el adecuado, es decir, si no nos empeñamos en llevarlo a la cultura por un procedimiento que implique, más o menos veladamente, el apartamiento siquiera momentáneo de su religión, que es toda su vida. Por eso, sin entrar en detalles prolijos que harían pesadas en demasía estas notas, afirmamos que el hospital mixto en Marruecos, institución necesaria durante los pasados períodos y justificada aún hoy para el musulmán soldado, es en la actualidad inadmisibile si, en lugar de atender a cubrir la fórmula de un número de camas a su servicio y en vez de atenernos a las cantidades absolutas que, pese a esa deficiencia, acusan en las estadísticas sanitarias un aumento de indígenas hospitalizados—casi mejor diríamos asilados—aspiramos a infiltrar la sanidad en el verdadero pueblo marroquí.

El hospital para indígenas, entendemos que debe crearse en sus núcleos de población, separado por completo de los nuestros y como servicio peculiar en el que todo el personal subalterno sea musulmán. Al igual que en las fuerzas militares Maghsen, salvo sus directores o instructores, los contingentes están integrados por mahometanos, en sus hospitales, fuera de los médicos, todo el personal debiera reclutarse e instruirse dentro del indígena. La asistencia médica al indígena precisa ser en muchos años aplicada más filosófico que escolásticamente y en esa tarea filosófico altruista, en la que se pone en evidencia la faceta sacerdotal del médico de modo más patente que en otra cualquiera de sus actividades profesionales, no podremos encontrar ayuda eficaz en quienes, carentes del elevado espíritu que requiere tan excepcional cometido, desvirtuarán seguramente, en muchos casos, nuestra paciente obra de atracción que se viene abajo por cualquiera intemperancia o inoportunidad. Acercarse al pueblo hasta la intimidad de sus miserias humanas, y mantenerse su señor, sólo puede pedírsele a quien esté muy capacitado para ello. Y el pueblo marroquí ha de ser tratado así; porque él es también señor orgulloso de su raza, soberbio en su vida; señor sin señorío que mantiene sus títulos de abolengo hasta cuando, comido de miseria, pide limosna. No tolera imposiciones de la ciencia, ni respeta al superior que descienda a adularlo para atraerlo y el médico, entre este pueblo más que entre otro alguno, ha de conducirse con tacto y habilidad sumas; porque su actuación es el servicio sin servidumbre y la autoridad sin despotismo.

Pero a cambio de estas cualidades exigibles al médico que se imponga el sacrificio de dedicarse por entero a la medicina en el Protectorado, el indígena ofrece una comprensión rápida, una disciplina social poco conocida aún entre nosotros y una adaptación maravillosa a la delicadeza y buen gusto cuando se procede en su medio y no se le priva de nada de lo suyo.

El hospital para indígenas, complemento imprescindible del Dispensario con el que ha de articularse íntimamente para formar la base sanitaria, de la que pueda esperarse el éxito a que nos hacemos acreedores por el abundante abono que derramamos sobre estos yermos, a más de las condiciones apuntadas de situación con respecto al poblado indígena, debe reunir otras modalidades entre las que, en líneas generales, se destaca la de limitar cuanto sea posible la sala común que obliga a mantener ciertos

preceptos de rígida disciplina, preceptos y órdenes que atañen más bien al orden social que a la higiene misma, para sustituirla, cuanto más ampliamente, mejor, por la colonia hospitalaria en la que habremos de encontrar ventajas poco discutibles, ya que sus beneficios habrán de superar, seguramente, a las objeciones que pudieran hacerse siempre que pongamos en nuestra misión todo el amor, la perseverancia y la bondad que la magnitud histórica de la obra requiere. La casa que, dentro del tipo general de sus viviendas, mantenga el aislamiento relativo del enfermo con respecto a su familia, dará a uno y a otros la impresión agradable de ser asistidos en su domicilio y, por otra parte, sometida directamente a nuestra vigilancia y consejo, llegará a ser una escuela de higiene del hogar para el moro al que, en tratamientos prolongados, no se consigue apartar de los suyos y nos vemos obligados a asistir, en su elemento pobrísimo e inculto, con escaso fruto por lo desigual de la lucha.

Otra de las necesidades más perentorias y más justificadas de nuestra petición es la de la religión y sus prácticas, tan olvidadas por nosotros en los indígenas hospitalizados que muy difícilmente se someten a prescindir de sus abluciones en lugar sagrado y, sobre todo, a morir fuera del ambiente mahometano y sin la posibilidad de ser amparados por la cofradía de su preferencia. En nuestros hospitales mixtos, por lo menos en el que nos ha sido confiado para su dirección, es bastante frecuente que las familias se lleven al enfermo cuando lo creen en peligro de muerte, y caso se ha dado de haber retirado contra todo consejo a enfermo que quizás no hubiera fallecido de no haberlo evacuado intempestivamente y en pésimas condiciones. A estos extremos se llega, no por ser hospital el lugar de asistencia, sino porque, según sus creencias, el cadáver que no sea sometido a los ritos especiales de su religión, no tiene derecho a ser enterrado en lugar sagrado y su alma pierde todos los beneficios de la vida eterna. Abogamos por el hospital expreso para indígenas, hospital en el que la medicina y la higiene no estén en constante pugna con el mahometanismo, creando un antagonismo que retrae a los hijos del Profeta que quizás algún día se incorporen a nuestra sanidad cuando hayan previamente adquirido nuestra civilización; pero, por tal camino, la sanidad española no podría nunca alardear de haber sido el elemento civilizador por excelencia y cuyo valor es reconocido por todos.

Manuel G. PONS
Del Hospital de Arcila

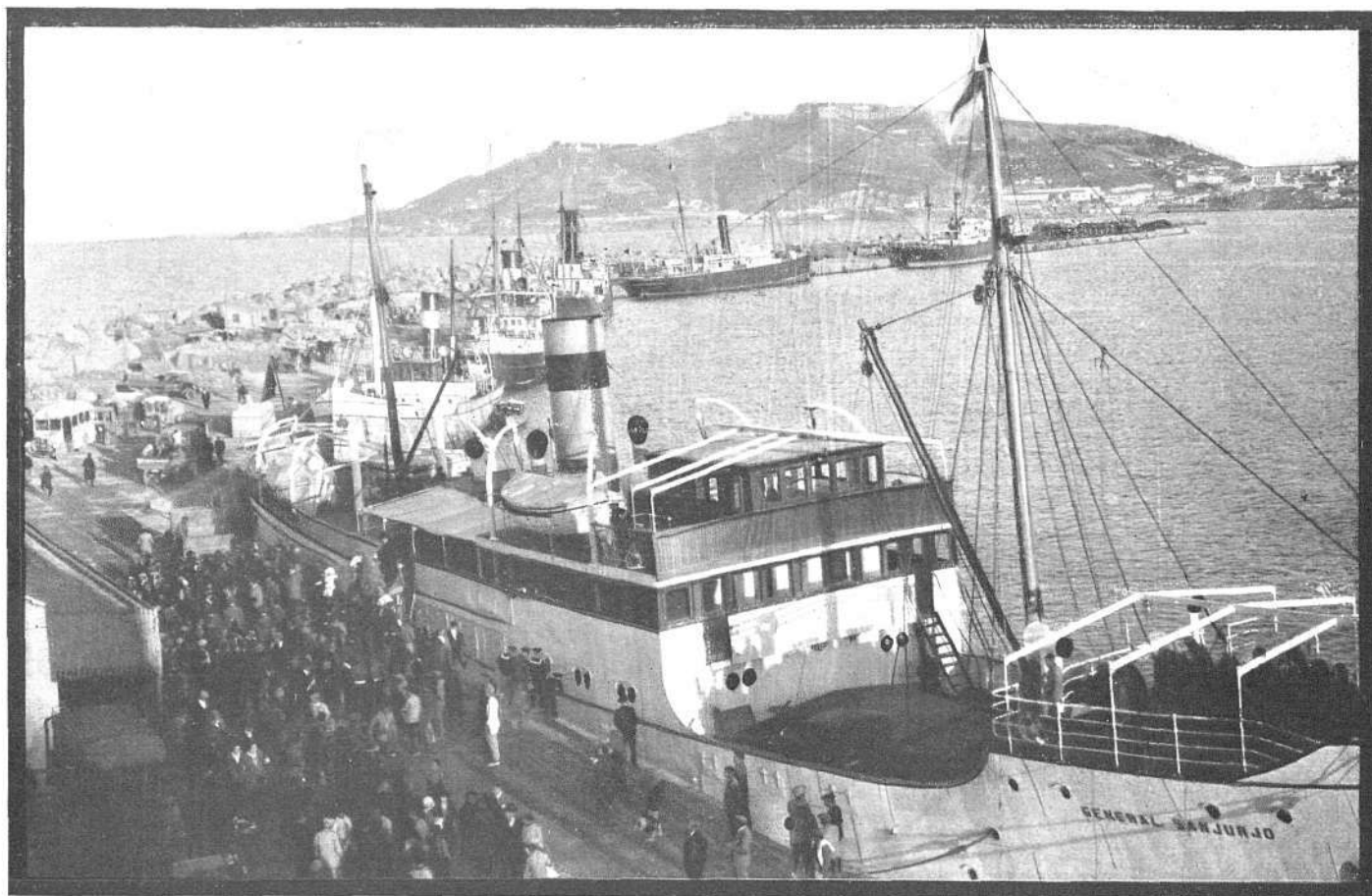


Dispensario Municipal de Tetuán.



LA FOTOGRAFIA ARTISTICA EN MARRUECOS.—Tetuán. Un fabricante de babuchas en el barrio moro

Foto Ros.



Un muelle del puerto de Ceuta.

Foto Rubio

LA POLITICA Y MARRUECOS



N este pasado verano, Francia ha conmemorado con gran esplendor la centena en el aniversario de la ocupación de Argel por las tropas de Carlos X, bajo el estandarte blanco y flordeado de la monarquía legítima.

Desde 1830 hasta la actual fecha, Francia ha recorrido un camino político muy accidentado, muy sinuoso y con enervadas peligrosas; hasta llegar a una ancha y franca calzada, a esta envidiable estabilidad política —una de las más sólidas de Europa— con la consolidación definitiva de la tercera República. Y ha sido esta tercera República la que ha solemnizado con alborozo una conquista que, todavía con facetas medioevales y aires de cruzada, en lo psicológico y hasta en lo material, emprendió la monarquía genuina, la que era restauración de la de Enrique IV y Luis XIV.

Y así irá la Francia republicana celebrando, sin escrúpulos ni empachos doctrinarios, éxitos coloniales y de política ultramarina, ya sean de los Borbones, ya de los Orleans o de los Bonapartes. La tercera República tiene una angusta serenidad para saber buscar en el pasado y en el porvenir de Francia, lo que es consustancial y decisivo en la grandeza y en la expansión nacionales y que por ello está fuera, o está dentro, —como se quiera—, de todos los idearios y de todos los sistemas políticos, con solvencia ética y patriótica.

Todo ese admirable esfuerzo y ese maravilloso conjunto que hoy es la Francia colonial y ultramarina, —más uniforme, más orgánico y más nacional, que el imperio o la confederación colonial británicos— empezó el día en que Su Majestad el Rey Cristianísimo no se avino a soportar la vergüenza de que quedase impune un gesto de mal humor del Dey argelino, para con un oscuro cónsul de Francia.

Aire de cruzada tuvo, como decía antes, aquella histórica expedición: «El Rey—escribió Polignac en 12 de marzo de 1830— no queriendo limitar sus designios a la reparación de agravios particulares de Francia, ha resuelto que la expedición que prepara redunde en provecho de toda la cristiandad...» Y allí tuvo

origen la soberbia posición mediterránea de Francia, y su poderoso imperio colonial y su extensa influencia en el mundo islámico y su enorme expansión en Africa. Además fué Argelia la gran escuela colonial de los franceses para otras empresas ultramarinas: Túnez, Anan, Tonkin, el Sudán, Madagascar y Marruecos.

Sin embargo, el primer paso ultramarino de Francia no se alentó con el calor popular, antes por su contrario tropezó con una oposición enconada. Flotando ha quedado en la historia la frase de un periódico de la oposición que, haciéndose eco de la opinión general, calificó el proyecto de expedición a Argel, como «la más grande estupidez de las que hasta ahora se le han ocurrido al Gobierno.»

Mas la estupidez de Carlos X y de sus dos ministros *chuanes*, Polignac y Bourmont, se llevó al fin a cabo. Y a ella debe Francia más de las dos terceras partes de su significación en el mundo y de su valoración en todos los órdenes y, desde luego, en el económico.

Los efectos y las consecuencias de ella, se han mantenido a flote y han seguido operando en la grandeza de Francia, a pesar de todas las conmociones y de todas las variantes políticas. Apesar de que los éxitos en Argelia no lograron desvirtuar los fracasos en el seno de Francia; así, la caída de Argel no pudo evitar la de Carlos X, y la capitulación de Abd El Kader, ante el duque de Aumale, no pudo evitar la de Luis Felipe ante Ledru-Rollin y Luis Blanc.

En términos generales, Francia ha sabido poner su política de expansión al margen de sus vicisitudes internas y si los fundadores de la democracia francesa no supieron apreciar el valor de aquel paso que tan a ciegas dió el último rey legítimo, no han faltado después en los momentos oportunos, hombres de la vida pública y del gobierno que supieran medir el alcance de la política nacida en la aventura de Argel. Dos grandes nombres bastarán: León Gambetta y Julio Ferry.

Precisamente, hace aún pocos días que hemos oído la voz de un escolar, clamar, en nombre de la enseñanza, contra nuestra acción en Marruecos que, si mal no recuerdo, calificó de estúpida

colonización. Pues bien, la enseñanza popular de Francia y su expansión colonial coinciden felizmente en un mismo nombre ilustre: Julio Ferry. Uno de los hombres a quienes debe la tercera República un magnífico y envidiable nivel de cultura en el pueblo francés, y el poder celebrar ahora con tan legítimo orgullo y tan honrosa satisfacción el centenario y las results de la estupidez de 1830.

Supongamos, con permiso del lector, que la operación de Alhucemas y la ocupación total de nuestra Zona de influencia en Marruecos han sido también dos empresas estúpidas. Con todo, ellas han producido tales consecuencias, han creado tales coyunturas para la política africana y mediterránea de España, que todavía habría de ser mayor estupidez el desdenarlas.

España tiene hoy perfectamente organizado su protectorado marroquí. Claro está que se leen y se oyen críticas. Pero las críticas, más o menos justificadas y más o menos transcendentales, podrán versar sobre detalles, sobre aspectos secundarios y parciales, orgánicos o de administración. Mas sobre la actual situación observada de conjunto, seriamente, serenamente pensando, no caben graves reparos.

No tenemos disidencia, ni armada ni inerte, ni se nos ha planteado ninguno de los serios problemas que en la mayoría de las colonias, mandatos y protectorados actuales está en pie. Ni siquiera debemos temerlos para el porvenir, porque nuestra conducta de protectores es, y debe ser siempre, absolutamente sincera y lealmente dirigida hacia la rehabilitación, la reconstrucción moral y material, política y económica del país protegido para su incorporación a la sociedad de los pueblos soberanos y libres.

Ningún otro estado que España, se encuentra más curado de pretensiones imperialistas, ni sus egoísmos y sus legítimos intereses están más lejos de esas ambiciones. Todas nuestras posibilidades africanas son perfectamente compatibles con la libertad y la independencia del pueblo marroquí. Más todavía, hay un extenso sector de intereses comunes a España y Marruecos.

Somos pues unos tutores honrados; podemos ser siempre unos tutores honrados, que ni pretenderemos ni necesitaremos la *capitis diminutio* indefinida de nuestro pupilo, con quien nos une un viejo parentesco.

La colonización, la explotación agrícola y minera, la puesta en valor de nuestra Zona, son el deber del protector, pero no la finalidad de nuestra política africana. Son también un medio de reducir las cargas pecuniarias que para nosotros implica el Protectorado marroquí.

No ver en nuestra acción en Marruecos sino la cortísima pretensión de una parodia de nuestra pretérita grandeza colonial, sería un lamentable despiste en nuestra verdadera política, no africana a secas, sino africano-mediterránea.

¿Qué hacemos pues en Marruecos? Estar alerta en defensa de aspiraciones e intereses estrechamente comunes a España y a Marruecos. Preparar para lo futuro un orden de relaciones con Marruecos que durante siglos, no supieron preparar ni encauzar nuestros gobernantes, desde los más funestos a los más gloriosos. (Lo cual prueba por otra parte que ninguno de ellos fué todo lo glorioso que debiera haber sido).

España tiene en el mundo una misión trazada claramente por la naturaleza —geografía, historia y raza—. Es el factor natural de enlace —geográfico, económico, social, espiritual— entre Europa y África. Nuestra península es el órgano de contacto en todos esos aspectos entre los dos continentes, y, claro está, que esa misma función que a España corresponde en Europa respecto de África, le corresponde a Marruecos, en África, respecto a nuestro viejo continente.

Hay pues un enlace de intereses y de funciones exclusivo y único entre España y Marruecos, que nuestra secular ceguera, de una parte y la astuta política de invasión de África, acen tuada por varias naciones europeas a partir del siglo XIX, ha venido a acabar de entorpecer. Entre nosotros—entregados a toda clase de empresas exteriores, menos las que se imponían por

nuestra cualidad africano-mediterránea—y Marruecos, se interpuso al fin la avalancha europea que nosotros mismos ciegamente alentamos (1880, conferencia de Madrid) y que avanzó arrolladora a expensas de nuestra inopia africana y la de nuestros dirigentes, hasta llegar al acto de Algeciras y a los tratados que hoy limitan y encadenan nuestra influencia en el Magreb.

Ahora hay que estar aquí, incómodamente, pero vigilantes, en espera de futuros acontecimientos, en espera de un no lejano despertar del continente negro, que incorpore su pujanza económica insospechada y su actividad juvenil a los afanes mundiales.

Hay que evitar, cueste lo que cueste, que en ese día encuentren nuestros hijos cerradas y tapiadas las únicas ventanas que a España le quedaron, para asomarse a un horizonte menos agotado.

Bien está que los catones de corto alcance dediquen su minuciosa actividad crítica a echarle «la cuenta de la cocinera» a la administración protectora. Todo eso es legítimo, aunque sea a veces mezquino y antipático. Hasta puede ser un útil acicate para afinar y aquilatar al último límite la gestión administrativa en el Protectorado.

Pero en pleno siglo XX, luego de más de cuatro siglos de ceguera frente a nuestra función natural euroafricana, ¡librenos Dios de valorar las más diáfanas posibilidades de la política exterior de España, como un negocio vulgar, en tantas o cuantas pesetas, con tanto o cuanto por ciento de interés inmediato!

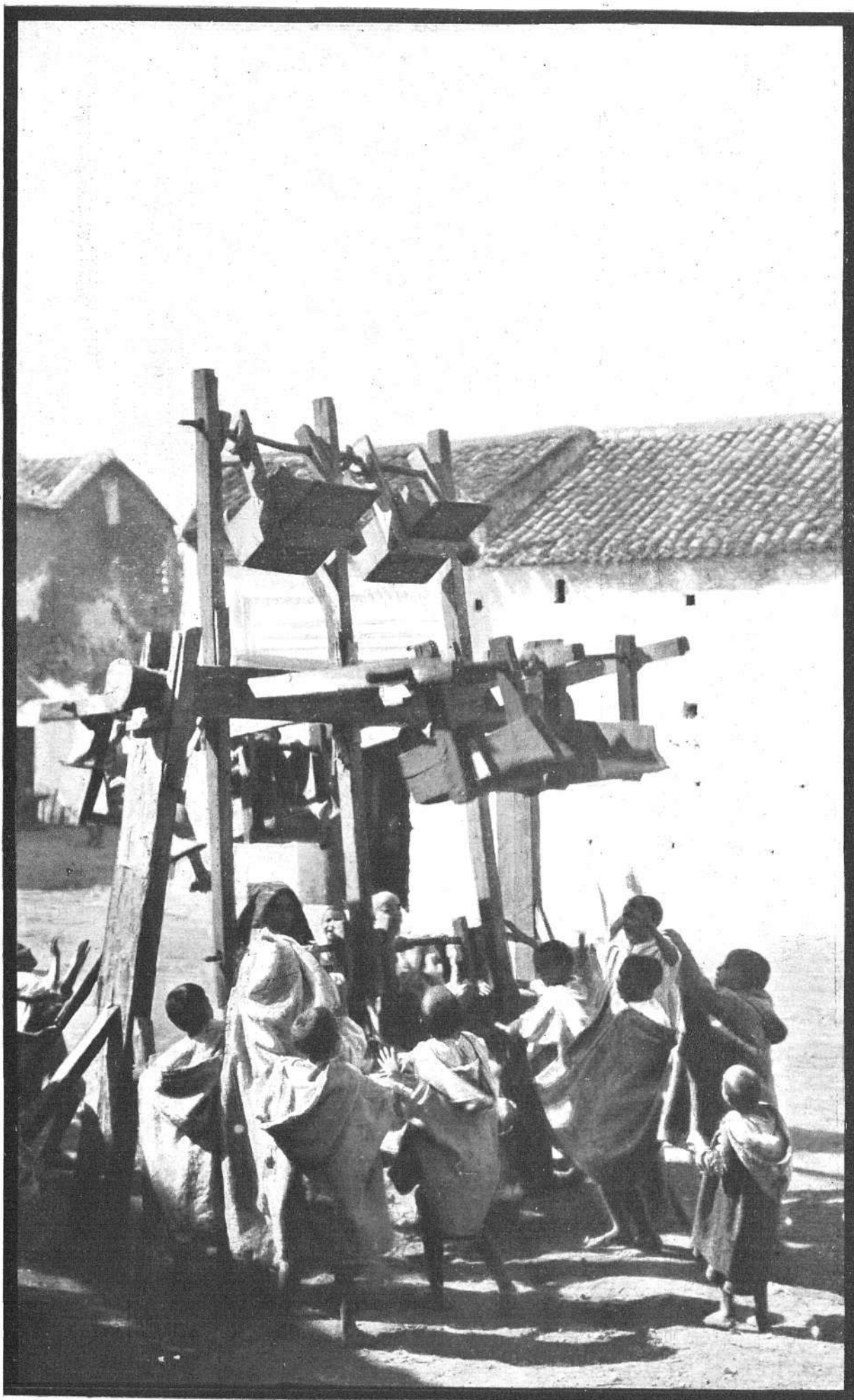
Nuestro propio suelo es el camino más corto que desde Europa lleva al corazón de África; en el Norte de este continente somos dueños de ciudades de indiscutible soberanía española, que nunca podrán sernos reclamadas a título de legítima reivindicación; una de ellas, Ceuta, es el puerto de mejores condiciones naturales de todo el Norte marroquí. Además, nos une con el vecino Imperio un doble parentesco, bereber y árabe, y una lejana trabazón, no bastante conocida y ponderada, histórica y cultural.

Si algún día, el despertar de las nacionalidades del Sur Mediterráneo produce la transformación radical del *statu quo* en el Norte de África, creando nuevas situaciones, ya esbozadas, para la política de Europa en el litoral musulmán del Mediterráneo, y si África, lanzada ya a su desenvolvimiento económico y espiritual, llega a ser como una nueva América, a pocos kilómetros de la costa española, nuestra actual actuación en el Norte Marroquí, tendrá entonces su oportuna valoración; también la tendrán nuestras torpezas si, por desgracia, no hemos sabido evitarlas. En previsión de ese momento, irremisible en la historia del mundo, que hay que mirar por encima de la política de corta vista, la política que en Francia bautizó tan felizmente Julio Ferry, «politique du pot au feu».

De no ser así, España perderá definitivamente su rumbo político natural, que es el de África, por un tópico más. En los siglos XV y XVI fueron el tópico de la intolerancia, del «puñar por la fé contra los infieles» y la expulsión de judíos y moriscos los que torcieron el derrotero de nuestros destinos. En el XVIII, lo fué el del racionalismo y el enciclopedismo—Aranda, Floridablanca y Grimaldi, empapados de Enciclopedia, creyeron a ojos cerrados que la libertad de conciencia nos dispensaba de toda preocupación norteafricana—. El tópico del imponente mal humor inglés nos apartó otra vez de Marruecos en 1902. Sin perjuicio de que, dos años más tarde, estos terribles ingleses le entregasen a Francia todo el Imperio Marroquí.

¡Dios nos evite el tropiezo con un tópico más! Marruecos es para nosotros una realidad geográfica e histórica. Pongamos este asunto fuera o dentro de todos los doctrinarismos políticos. Porque ni es aventura, ni es imperialismo, ni es colonismo, ni es tema propio para discordia entre derechas e izquierdas. Se trata simplemente, inexorablemente, de responder o no a los mandatos y a las directivas que la Naturaleza misma nos impone como nación, por geografía, por historia y por raza.

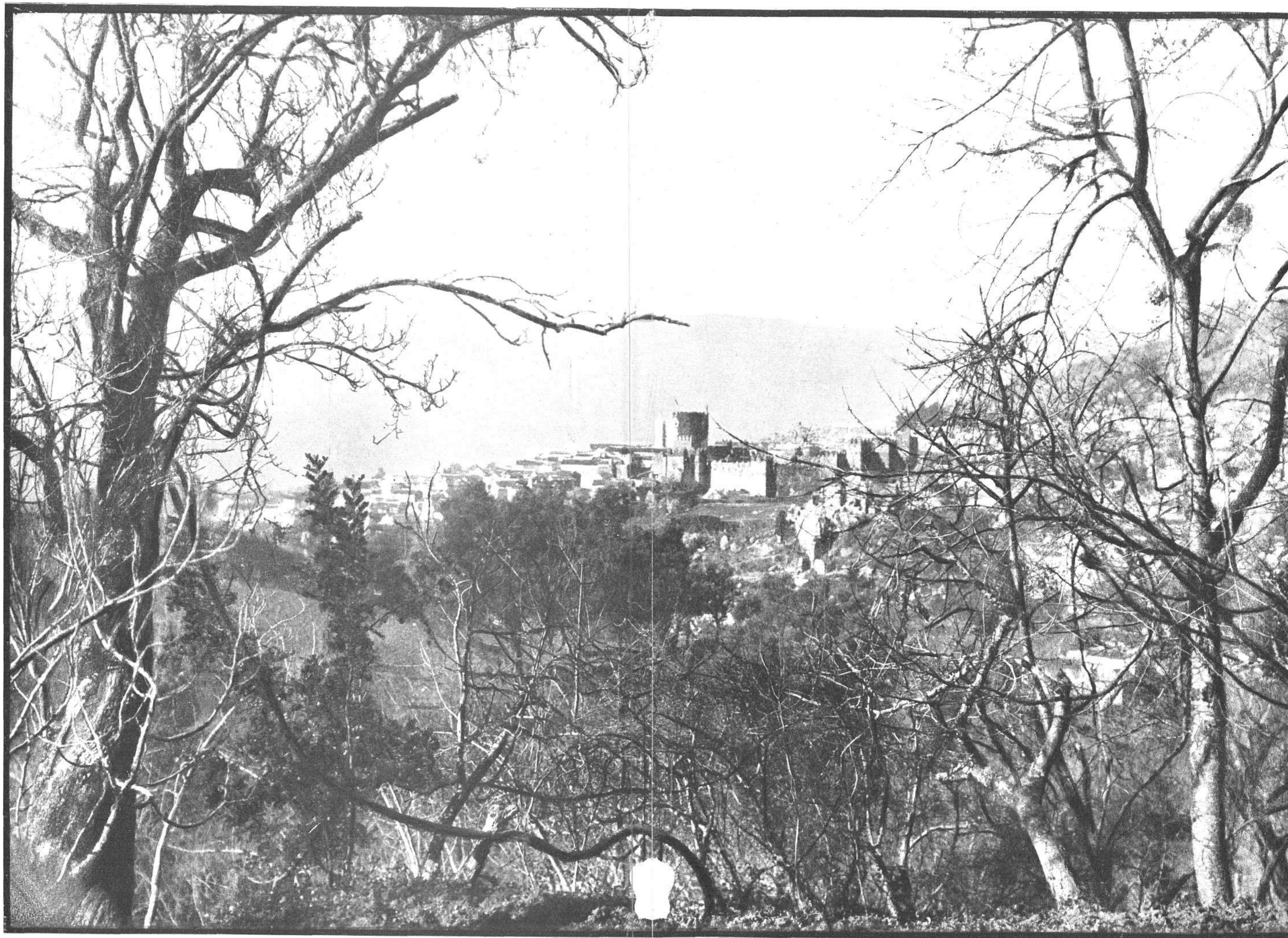
A. M. de la ESCALERA



EN LAS FIESTAS DE XAUEN.—Un primitivo columpio indígena.

Foto Rubio

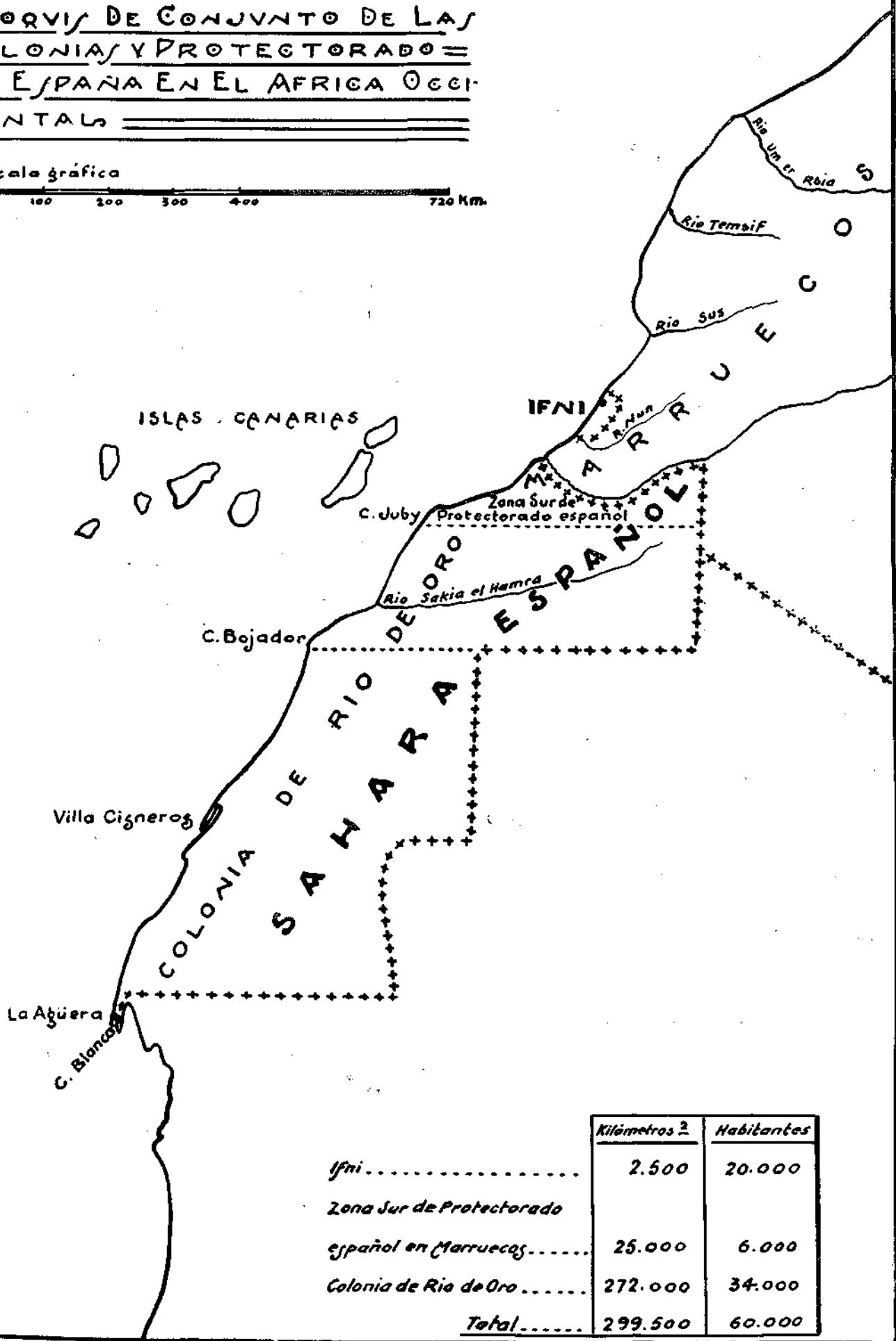
EN EL ANIVERSARIO DE LA PRIMERA OCUPACION DE XAUEN (14 de octubre de 1920).



Hermoso punto de vista de la ciudad del Ajmäs.

Foto Rubio

GRUPO DE CONJUNTO DE LAS COLONIAS Y PROTECTORADO DE ESPAÑA EN EL AFRICA OCCI- DENTAL



	Kilómetros ²	Habitantes
Ifni.....	2.500	20.000
Zona Sur de Protectorado		
español en Marruecos.....	25.000	6.000
Colonia de Río de Oro.....	272.000	34.000
Total.....	299.500	60.000



Trabajadores en metales del Sahara español

EL SAHARA ESPAÑOL

SINTESIS HISTORICA Y PUNTOS OSCUROS DE LA HISTORIA EN RELACION CON LAS TRIBUS Y CIRCUNSTANCIAS DEL SAHARA OCCIDENTAL Y SUR MARROQUI ESPAÑOLES.

I



ERIA sin duda alguna un trabajo de capital interés, poder llegar a trazar un esquema histórico del Sahara y Sur Marroquí españoles, deteniéndonos particularmente, en lo relativo a la penetración portuguesa por este desierto en el siglo XV, cuya penetración fué emprendida por los marinos de esa nación, bajo los auspicios del infante D. Enrique «el navegante», y detallando también lo referente a la intensa acción española durante ese siglo y el XVI, emprendida por Diego de Herrera y por Fernández de Lugo desde las islas Canarias, en todo el país comprendido entre el Asif Saulguemat y Bojador.

Sin embargo, es punto menos que imposible llevarlo a cabo con algún rigor científico. En primer lugar, la circunstancia de no haber sido ocupado por franceses y españoles, el Sur marroquí y el desierto, inexplorados arqueológicamente, impide formar idea exacta acerca de muchos extremos. En segundo término, aun los más letrados de entre los nómadas, desconocen en absoluto la historia de sus cabilas y de sus familias, limitándose a contar sus abuelos (y esto sólo en las tribus «zuaia») consistiendo sus conocimientos, en vagas referencias, muchas veces fabulosas, sobre los santos fundadores de sus tribus. Esos campamentos «de letrados, universidades o seminarios ambulantes» que según fama forman los nómadas, existen desde luego en nuestro Sahara, donde los componen a veces, tribus enteras; pero su cultura se limita tan solo al Koran, exégesis religiosa, teología musulmana, «el xej Ali» rudimentaria enciclopedia y «el Kamus», especie de gramática literaria; sin embargo se desdeñan, por lo general, los conocimientos históricos, reducidos tan solo a los comienzos de su religión y vida del profeta.

Por estas razones, sería muy interesante, tratar de encontrar una solución para descifrar esta incógnita ante la que nos encontramos, que es sin duda una de las lagunas de la Historia más atrayentes y que hoy en día ofrece palpitante actualidad, como

estiman, con rara coincidencia, todos los especialistas en esta materia, sobre la que nada hay escrito y sobre la que se carecen de fuentes históricas; basándose todo lo edificado, en indicios o hipótesis más o menos racionales, apoyadas en hechos acaecidos en las comarcas inmediatas, y sobre todo en la escasa tradición local.

Señalado lo anterior, trataremos por nuestra parte de exponer brevemente, cierto número de indicios, recogidos muchos de ellos en el país, estableciendo, de un modo sumario, cierta ligazón entre los hechos y tradiciones, para coordinar unos con otros.

...

Es posible, por lo que se refiere a la prehistoria de nuestro Sahara, que su aspecto físico, no haya sido modificado desde hace más de mil años. La rareza de las lluvias, origina en él una sequedad, que es agravada por la ausencia de grandes cadenas de montañas y representa una característica antigua, que puede remontarse a edades geológicas muy alejadas, anteriores a la época deviniana, pero que persisten a través de los períodos triásico, cretáceo y cuaternario. La humedad, sin embargo, ha podido sufrir oscilaciones, capaces de alimentar los grandes «uads», o cauces actuales, hacia los tiempos glaciales, que se señalan en el final del período pleisteceno-cuaternario.

En épocas anteriores, pero con posterioridad a la existencia de los istmos que soldaban, por Gibraltar y Sicilia, el continente africano al europeo en el período jurásico, antes de la aparición del hombre sobre la tierra, presentaría nuestro Sahara el aspecto de un macizo granítico (el Tiris, actual, región de granitos y gneiss) rodeado de mares y ríos, excepto por las partes que se enlazaban con los macizos de El Guelta, los Adrar, y la Kedia de Iyil; orientado en dirección NE-SO, paralela a la actual cadena del Atlas. En la región NE. surgirían los plegamientos paleozoicos del Uarkiz y Yebel Air Ussa, prolongados por el Bani y el Anti Atlas, hacia el actual Serten y Montes de Ifni. Surgieron además movimientos tectónicos geyserianos en esa época terciaria, deter-

minando la catástrofe pliocena, que arruinó la vida vegetal (árboles fosilizados) y animal (calizas abundantes en notables fósiles marinos) de la península de Río de Oro. Probablemente por entonces, adolecieron los «uads» y cauces, de falta de fuerza para trazar sus lechos hasta el mar, convergiendo en cambio hacia lagos, depresiones y hoyadas, mientras que los vientos favorecieron la excavación y acantilamiento de las paredes laterales, comenzando a limar y disgregar el conjunto de materiales aluvionarios, de arcillas, arenas y piedras, que arrastradas por los ríos hacia el océano, pero sin poder encontrar salida, dieron origen milenio tras milenio, a las «sebjas» o salinas actuales, que se esparcen a través de las «hammada» o mesetas rocosas de calcáreo o gres; de los «reg», llanuras de desemboque de aluviones desecados; y de los «erg», zonas de dunas en las que el viento acumula las arenas arrebatadas al «erg». Por entre estas regiones y en donde las erupciones volcánicas rejuvenecieron el relieve, asoman peñascos, a los que las erosiones fluvial y eólica, proporcionan formas caprichosas, de conos o macizos, con estrechos cuello o garganta.

La vida vegetal y animal, que se originó en los mares, en épocas remotísimas, tuvo su prolongación en tierra, continuando a través de los milenios la lenta evolución de las especies. Al desaparecer la lujuriante vegetación del pleistoceno y con ella el riego superficial, es probable la desaparición de la gran fauna, que llegaría a extinguirse. Admitiremos no obstante, con Berthelot, que los macizos de nuestro Sahara occidental, fueran en el cuaternario, según lo demuestran los instrumentos de facies neolítica hallados en él, análogos a los del Sahara central y de las Canarias, un refugio, ante el desastre glacial, para el antropeide blanco Cro-Magnon. Los vestigios hallados en la región Sur de nuestro desierto, indican que las armas (puntas de jabalinas y flechas, lanzas, etc., etc.), pertenecen a la industria del sílex, correspondiente a las razas nórdicas (tipo magdaleniense muy señalado). Por el contrario, los útiles (hachas, muelas, trituradores de grano, etc., etc.) ofrecen las características de una civilización meridional, de tipo negroide. Con todo, en un breve período de cuarenta siglos, parece no haberse modificado la fisiología humana, siendo fácil concluir, que la línea fronteriza que separa las diversas razas, es hoy la misma que en otros tiempos y que el Sahara costero cuaternario, pudo ser habitado por los blancos, confinándose la raza negra, entre las selvas y húmedos calores, propios del régimen tropical. Fue pues el Sahara español, habitado por un tipo de hombre primitivo (precursor del bereber venido de oriente) moreno, alto, dolicocefalo y musculoso, próximo pariente de los hombres del Egipto antiguo y perteneciente a la gran familia ibero-libia. Este hombre primitivo, cubierto de pieles y provisto de sus artefactos rudimentarios, que le servían para la caza y la pesca, inició sin duda entonces, su vida nómada y pastoril, en la que persiste en la actualidad.

Entrando en los tiempos históricos, admitiremos con Ben Jaldun y con Olinot, la invasión bereber, superponiéndose a los pastores que habitaban nuestro desierto, por el que se extendieron posteriormente, los bereberes senhaya, hallados en él y en Mauritania por los portugueses y españoles del siglo XV. Es posible que los Gétulos de Salustio, en la guerra de Yugurta, señalados claramente en estas regiones por Polibio (relato de Plinio), Estrabon, Pomponio Mela y Tolomeo, sean parientes de los Guezula, originarios de los Tekna actuales. La raza sutectona de pastores, a los que se mezclaban tal vez comerciantes de los productos agrícolas de los oasis y de las comarcas senegalesas, levantaba menhires, cromlech e hitos a través del desierto, de los que se descubrirán ejemplares bien interesantes cuando se ocupe.

Parece de todos modos indudable, que los tartesios, grandes navegantes del foco de civilización que, paralelamente al antiguo Egipto, existía en el Mediterráneo occidental en su entrada al Atlántico, en cuyo pueblo ven algunos un vestigio de la antigua y desaparecida Atlántida, que hizo célebre la explicación de Critias, en el notable diálogo «Timeo» de Platón, conocieron las costas del Sahara occidental. Hannon, el almirante cartaginés, en el siglo V antes de Jesucristo, con 60 navíos y 30.000 almas efectuó una expedición, en la que recorrió las costas del N. del Dra, fundando en ellas diversas colonias (Mur, Carien, Gytte, Akras, Melitta y Arambys) de las que quedaron vestigios en las regiones de Ifni y Uad Nun. Una de las colonias (la séptima) fué fundada en la actual isla de Herne, situada en el fondo de la ría del actual puesto español de Villa Cisneros, cuya privilegiada situación se le impuso indudablemente; pudiendo identificarse el Lixo del periplo, con el Dra o la Sekia el Hamara actuales, en cuya desembocadura entabló Hannon amistad con los «libios» que apacentaban sus ganados y hubo de procurarse intérpretes para fundar sus colonias meridionales del litoral etíopico (el desierto) que fué por primera vez explorado.

Los nómadas bereberes invasores, después de estos sucesos, se mezclarían a la raza existente, introduciendo el camello en el siglo III y la invasión árabe, encontró los getulos o guezula casi autóctonos al N. (Sus, Dra, Xebica hasta la Sekia el Hamara) y los senhaya más berberizados al S. (hasta el Senegal) mientras en la región de S.O. nuestro desierto, comenzaba a florecer hacia el siglo IV el imperio Ghana, de cuya capital Kumbi, se encuentran restos entre Ualata y Gumbu, región actualmente semi desértica, pero que entonces sería fértil y poblada.

Y aquella invasión árabe, es la primera del siglo VII, a que se referirán, tal vez, los indicios históricos, concordantes con la tradición. En 660 Abd el Malek ben Meruan, recorrió con 80.000 hombres el país de los getulos, por orden del gobernador musulmán de Egipto, convirtiéndolos al Islam; pero los habitantes se sometían y luego volvían a la infidelidad religiosa.

Okba ben Nafi entró con su ejército en Tarudant y ocupó el Sus (invasión del siglo VIII); pero el país, en el que existiría una civilización autóctona o púnica (procedente tal vez de las colonias que fundara Hannon en su periplo; colonias a que se refiere Tolomeo posteriormente) no se islamizaba, predominando la influencia hebraica (1) y aun en este siglo VIII, propagaba herejías contra el Islam, como la de Meixara. Más al S. los pastores senhaya y autóctonos de las estepas, continuarían profundamente irreligiosos, desarrollando entre ellos algún proselitismo, los mercaderes de las expediciones que fundaron Azogui en el desierto, cerca de Atgr y que cruzaban el Sahara occidental, para ir a Audaghost, capital de los senhaya y a Kuata, capital del imperio negro sarakolé; algunas de cuyas expediciones estaban organizadas militarmente, según refiere la tradición, por los gobernadores árabes de El Mogreb, con el fin de procurarse esclavos en las selvas del S. La herejía anti-islámica, culminó con la aparición en estas tierras de la secta bergauata, predicada por un judío español de Jerez, Saleh el Mumen, quien salió de su patria, Barbate (antigua Turdetania) para convertir a su doctrina a susis, ifranis, gazulis, zenatas y senhayas, fundando un reino en estas comarcas, que duró hasta su islamización total, efectuada en el siglo XII por los almorávides.

En el siglo X, al tratar de escapar los zirritas marroquíes de la obediencia del califa fatimita de Egipto, El Mostansir, éste impulsó el éxodo arábigo de más de un millón de turbulentos beduinos (Beni Hilal, Beni Soleim, Athbech y Makil) que siglos después poblaron el desierto y en particular estas comarcas del Anti Atlas y Sahara occidental, dando en el siglo XII, cuando la decadencia almoravide, origen: los Beni Soleim a los Chaamba y Trud; los Beni Hilal a Ulad Sidi Xej, Amur, Ulad Yerrir, etc., y unos de ellos los Beni Hassan, en el siglo XVII; pasaron al S. de la Sekia y originaron las tribus de Mauritania actuales. En el siglo XI algunos Mskil, se mezclaron a los susis y Bu Amranis.

(1) Hallanse en efecto en el país, en apoyo de la hipótesis acerca de la existencia de una civilización hebraica o púnica; lienzos de murallas destruidos, restos de torres con almenas esculpidas y, según los naturales, piedras escritas con caracteres cristianos y figuras de animales, cabezas de elefante particularmente, que se referirán a la epigrafía fenicio-bereber. Algunas de estas muestras, han sido señaladas: en Endebirumin, cerca de Iseg, a 20 kilómetros al interior en la cabila de Ait Bu Beker; al N. de Iguer Uzru en la costa; en el monte Taftuxt, a 3 kilómetros al interior y en la cumbre del Yebel Mejorta, en terrenos de la actual cabila de Ait Ejelf. También en el Yebel Taulaxt, se señala una fuente abierta por primitivos pobladores y ruinas en Tahanut en Bil-la y Tijuna U Snag, a 20 kilómetros al interior, en terrenos de Ait el Joms. Hay restos antiquesimios en los aduares de hieriaten e Id U el Hach y en el Yebel Bu Arain, en terrenos de Mesti; lo mismo en Tagadir, en zona correspondiente a la cabila de Shufa y en Buiscagan, cerca de Tiljulin de los Ait el Hasen; así como en El Ksabi, «medinet el guebra» o ciudad enterrada de esa cabila; estando situados todos estos lugares, dentro de nuestro enclave de Ifni. El rabino Mardoqueo en su viaje de 1875, recogió la tradición indígena, de haber sido el Yebel Ida U Zakra, situado en la cabila de Ufran, 60 kilómetros al E. de la costa, habitado en otras épocas por extranjeros y el mismo rabino, identificó ruinas antiguas hacia el S., en la cumbre del monte Ida U Taltas y tumbas y restos de edificaciones en la misma dirección. Siguiendo su viaje Mardoqueo, halló en la cabila de Ait Ibrahim, situada más al S., otros interesantes restos, y por último, en el Yebel Tlascala, estribación de la cordillera Beni, a 100 kilómetros al E. de la costa y próximo al poblado Auina de la cabila de Aint Ussa, encontró vestigios de una antigua calzada, así como de grandes tumbas, esculturas e inscripciones, situadas a ambos lados del camino y del «uad» o barranco que afluye al Dra.

Respecto a la época de estos últimos interesantes restos, inexplorados arqueológicamente, por hallarse en territorios del mandato francés, inaccesibles al europeo, es digna de tenerse en cuenta la opinión del Dr. Lentz, quien en el viaje a Tumbuctu, realizado en el año 1880, cruzando por estos territorios, acompañado por nuestro compatriota Sr. Benitz, posteriormente empleado en el consulado español de Mogador, halló unas ruinas al N. de Tisgini Ida U Salem, después de atravesar el Dra hacia Icht y les atribuyó origen romano; aunque muy bien pu-



Dos cachorros de leopardo del Sahara Español.

En 1050 la islamización sobreviene bruscamente, con el «yehat» o guerra santa almoravide, originado por el caudillo del desierto, jefe de los lemtunis (lama mtin o reunión fuerte) Yahia Ben Ibrahim, quien de regreso de la Meca, llamó a un fakih guezuli, Abdal-lah ben Yasin para, de grado o por fuerza, restablecer la pureza religiosa. Este sabio, en las tierras situadas al S. del Sus, en el Dra y en el Tafilalet, había hecho bastantes prosélitos; pero entre las tribus del Sahara, no obtuvo, en principio, éxito alguno; antes al contrario, la brutalidad de sus procedimientos, provocó una revuelta, que le obligó a refugiarse, con el propio Xej Yahia y siete discípulos, en la isla de Arguin, algo al S. de nuestro puesto actual de La Agüera, donde fundó una cofradía de reglas muy estrechas, a cuyos componentes llamó «mrabet» (los que se encierran en un «ribat» o eremitorio). Empezaron a afluir adeptos, de los que Abdal-lah armó 2.000 y batió con ellos, primero a los guezulis; después o los lemtunis; enviando al xej Yahia, anterior jefe de éstos, a tomar Uad Dra y Tafilalet; pero muerto Yahia, otro jefe llamado Yahia ben Omar, tomó en 1054, Daran y Siyilmesa, capitales de dichos territorios, pasando después al Sudan, que dominó hasta el Níger. Un hijo suyo llamado Bu Beker, tomó el Ifni actual y el Sus y atravesando el Atlas, dominó los valles del Tensift y del Um er Rbea. A la muerte de Abdal-lah ben Yasin, asumió los poderes militar y religioso, el propio Bu Beker, que obligado a regresar al Sahara sur-occidental, a causa de las disensiones que estallaron entre los Mesufa y los Lemtuna, dejó el mando del Mogreb, a su primo Yusuf ben Taxfin, quien se declaraba independiente, mientras fallecía en el Tagant, Bu Beker, a consecuencia de un flechazo envenenado, que recibió en el asalto de una aldea negra, en su empeño de desposeer a los reyes sonrai de Gao y a los sarakolés de Ghana, ayudado por los príncipes negros tekrur (tukulers de hoy) ya islamizados entonces y convertidos en aliados suyos.

Yusuf ben Taxfin, siguió sus conquistas; fundó Marrakech; tomó Fez, el valle del Muluya y Tlemcen; pasó a España en 1086, para auxiliar al sultán de Sevilla, Mohamed ben Abed y venció en Zalaca al rey de Castilla. En otro viaje que realizó a la península, tomó los reinos de Granada y Málaga; llegando a su fallecimiento, su hijo y sucesor Ali, el vencedor de Uclés, por quien se hacía oración en más de 300.000 mezquitas, a dominar: Sevilla, Badajoz, Valencia, Madrid, Guadalajara, Fraga, Oporto, Évora, Lisboa y las Baleares; extendiéndose este poderío, nacido modestamente en el desierto costero, por todo el Mogreb actual; la mitad de Argelia, Túnez y Tripolitania; el Sahara occidental; parte del Senegal y el Sudan hasta el Níger.

El hijo de Yahia (Bu Beker) que dominó Sahara y Marruecos occidentales, tal vez explique la procedencia que la tradición asigna a los Ait Bu Amaran, respecto de un tal Yahia, (los dos «lefa» antíguisimos de los Ait Bu Amaran son: Id Baha U Yahia e Id Bu Beker U Yahia; del primero, proceden los Sbuia y Ait el Joms actuales, y del segundo los Ait Bu Beker).

En 1120, comenzó el poderío almohade, salido del Atlas, que suplantó al anterior; pero en 1224, se desmembró en reinos y predominaron los Beni Merines, zenatas bereberes del Dra y Tafilalet, dispersándose mientras, los descendientes de los guerreros guezulis, lemtunis y senhaya, que regresaron a sus desiertos, recobrando los nómadas bereberes su independencia. Aparecieron en el desierto bereberes Rgragra (Masmudis Azdaja de Ben Jaldun), tribus muy guerreras, de las que quedan hoy vestigios entre estas cabilas. En este siglo, en 1324, hallándose el príncipe sudanés de Meli, Congo Musa, peregrinando en la Meca, entabló amistad con un joven español, musulmán granadino, llamado Abu Isaac Ibrahim Abubaixan (Ben Jaldun le denomina en su historia del Sudan Atonchako). Este, alentó a Musa para la conquista del Adrar y fué su ministro universal; edificando palacios y mezquitas en Tumbuktu, en una de las cuales existía una inscripción alusiva, que en 1853 pudo leer el Dr. Barth. Fallecido Abu Isaac en 1346, ordenó el sultán Musa le fuese levantado un panteón, visto posteriormente por Ben Batuta. En la privanza del sultán, le sucedieron sus hijos; pero después del dominio que Musa ejerció en todas estas regiones, se restableció a final del siglo XIV con Ali el Gran-

de, el poderío sonrai, que predominó en el S. de la Sekia, a través de todo el Sahara occidental y Mauritania.

Por este tiempo el xerif Ed Drisi, nos describe el «Uad Nul», con su ciudad de Nul (El Ksabi actual); la villa de Tazogga en Atar, y proporciona otras curiosas noticias. El Kitab el Istikar, nos confirma tales noticias y nos dice que los Guezula y Lemta, habitaban el Nun y el Dra. Ben Batuta y Ben Jaldun, también de esta época, confirman la división en Guedala o Guezula del Sus a la Sekia (originarios de los teknis y amranis actuales) y senhagas más al S. (Siris y Adrar et Tmar de hoy); marcando todos los textos de la época a los Mesufa y Lemtuna al N. del Níger. Un notable geógrafo, viajero del siglo XIV, fraile franciscano español, recorrió el desierto y describe curiosamente estas regiones, en la obra: «Conocimiento de los reynos de la tierra e señorios que son por el mundo», y los mapas cristianos (mapa-mundi de Cresques 1375, portulano de Viladestes, mapa de Dulcetti) señalan en sus sitios respectivos los «zenagas» y los «gozolas» y la Sekia «Alamara» como divisoria.

Parece pues deducirse, que terminado con los dominios almohade y beni-merin, el reflujo almoravide, que hizo a los saharianos occidentales invadir el Mogreb y España, e iniciada la infiltración hilaliana, que había de arabizar después las cabilas del S. del desierto occidental, habían sido éstas ya islamizadas por los almoravides y por las expediciones guerrero-comerciales, las cuales seguirían dos rutas por el interior: 1.ª, Tafilalet, Taodeni, Arauan, Tumbuktu; 2.ª, In Salah, Uallen, Tessalit, Es Sok-Gao, y una tercera por Uad Nun-fum ed Dra-fum ex Xebika-Eryila o Puerto Cansado y Tarfaya o Cabo Juby; subdividiéndose desde aquí en dos direcciones: una a Grizin, Tazua, Amgala, Tamraika, Anayin, Turin y otra por la costa a El Msid, Yerifia, Tenuaka, Aruillas, Zug; yendo estas dos a Azoggui y al Senegal o reino sonrai, a través de Senhagas, Guezulis y Regragras.

En el siglo XV, aparecen por primera vez los cristianos en las costas del Sahara occidental; pues al intentar la conquista de las Canarias, el normando Juan de Bethencourt, después súbdito castellano, reconoció las costas de África con tres galeras y hubo de pelear con los naturales del país, a los que arrebató camellos, que fueron origen de la raza que actualmente existe en Lanzarote. Bethencourt, proyectaba construir en la costa de África un fuerte, que le sirviera de base futura de operaciones.

Coincidió con estos sucesos, la gloriosa expansión portuguesa en el Atlántico, bajo los auspicios del famoso infante don Enrique «El Navegante», quien, habitando en Ceuta, pudo ver oro, marfil y esclavos, traídos por caravanas que atravesaban el Sahara occidental. El Cabo Bojador, foco de leyendas, no había sido doblado, hasta que Gonçalho Velho, comendador de Almeurol, lo logró en 1416. Gil Eannes y Alfonso Gonçalves, descubrieron la bahía de Angra. En 1436, Alfonso González Baldaya, descubrió el Río D'Ouro y, nueve años más tarde, Nuño Tristao, dobló el Cabo Blanco y descubrió la isla de Arguin y la Guinea. En 1444, Lanzarote atacó a los indígenas en Cabo Blanco y obtuvo gran cantidad de botín. Al año siguiente, fué asesinado por los indígenas Gonzalo de Cintra, que intentaba capturar esclavos, cuya devolución solía ordenar el infante Don Enrique. Uno de estos negreros, fué Antao Gonçalves, quien efectuó varias expediciones, acompañado de Joao Fernández, figura interesantísima de la exploración portuguesa en el Sahara, gran conocedor del árabe como ex-cautivo de los piratas del Mediterráneo, que se brindó a quedarse como prenda de un trato entre los indígenas del desierto, los cuales le permitieron internarse por el Tagant y llegar a Uadan; siendo el primer europeo que pudo recorrer estas regiones desérticas y recoger preciosos datos.

Menudearon las expediciones portuguesas, alguna de las cuales mandaron Gonzalo Pacheco y Lanzarote. Ca Da Mosto el veneciano, describía en forma curiosa el tráfico con los indígenas y en la mitad del siglo XV, los portugueses al alcanzar Uadan, recabaron del emperador sonrai Sonni Ali, permiso para su establecimiento en la costa sahariana, poniendo en explotación salinas y pesquerías; empresas que abandonaron después, para atender a la India y América, que aparecían a sus ojos como países más ricos y productivos.

MIENTRAS tanto, y por casamiento con Doña Inés de Peraza, sucesora de los Bethencourt, había heredado el señorío de algunas de las islas Canarias, el caballero sevillano don Diego de Herrera. Este, con una pequeña flota, se dirigió en 1476, a un punto llamado «Gueder» o «Vado del Mediodía», en la costa de África, donde construyó una fortaleza, que dotó de guarnición y artillería, y que llamó Santa Cruz de Mar Pequeña. Las comunicaciones frecuentes con Canarias, permitieron establecer por aquel punto, un tráfico intenso con los naturales del país; a pesar de lo cual hubo de sostener la fortaleza, diversas luchas con los indígenas. Antes de morir, efectuó Herrera 46 excursiones por el interior del desierto, acompañado en muchas de ellas de un tal Camacho, indígena sahariano converso, y años más tarde, debido a la intensa acción política, realizada desde ese puesto de Santa Cruz, prestaron juramento de fidelidad a los reyes católicos, en 15 de febrero de 1499, y ante el gobernador de Gran Canaria, don Lope Sánchez de Valenzuela; el caid Ali ben Abid de Uad Amar (actual Sbuia); el xej Bu Ali Nbuk de Tigmart (Ait Bu Beker, de hoy); el señor de Tisigun; el caid o xej de Tagaost, (lugar que probablemente estará situado en la actual cabila de Ait Ali, perteneciente a Ait el Joms, donde existen ruinas de ese nombre) cuyo xej se llamaba Mohamed Maimon; el caid de Ufran, denominado Ahmed, y 38 lugares del «reino de la Bu Tata»; sometiéndose Tamanaart, con su

diera tratarse de restos de establecimientos cartagineses, toda vez que la estación meridional de los romanos, llamado «Ad Mercurium» en el Itinerario de Antonino, no es posible estuviera tan avanzada, y aunque los romanos llegaron al «campo rojo» (Marrakech) y conocieron el Sus (rio Unas de Tolomeo) en el interior del cual fundaron el puesto de Uala, púdesse identificar éste con el actual Tagadirt, sobre el mismo río y no tan al S. La exploración arqueológica de estos lugares, cuando pueda realizarse, nos dirá la última palabra, diferenciando los restos de épocas primitivas, de los de establecimientos españoles y portugueses a que nos referiremos en este trabajo; establecimientos que durante los siglos XV y XVI colocaron los primeros entre los cabos Bojador e Ifni, y los segundos desde Agadir y Bojador en el N., y entre el Senegal y Bojador en el S.

Esta misma diferenciación, podrá establecerse en las ruinas que aparecen en nuestro desierto en la costa, en Saheb el Harxa, Puerto Cansado, El Msid, Gamet y más al interior en Bir Telmusun, Dumus, Angala, Uaio Seluan, Tenuaka, El Atabia (donde aparecen restos de bastiones); sepulcros con piedras escritas en letras no árabes en Bu Ofra y Ma Ata Al-lah; Ayud (donde se encuentran vestigios de una gran edificación); Teniulet, antiguo poblado; pozos de Rsel en el Tiris; Aleidi en Tauleg; Sergaul, Arida y el Nzara, abiertos por los cristianos, etc. No obstante, es más que probable, que muchas de estas ruinas se referirán a las dominaciones española y portuguesa. También será interesante examinar las piedras grandes o «gleibs» CON INSCRIPCIONES CRISTIANAS Y ARABES, que según los indígenas aparecen en: Debeira, Tamraika, el Guelta, en un punto al E. de Togba, entre este pozo y el de Ma Ata Al-lah y en muchos lugares del desierto español, representando tal vez jalones, de rutas pretéritas de caravanas.

A este respecto, se refiere, que el viejo xej Ma el Ainin, prestigioso xerif y morabito, ordenó a dos discípulos suyos excavar en el Sken, por debajo de una especie de pirámide o «gleib» y hallaron un gigantesco esqueleto humano, con unos zarcillos de oro; pero no pudieron levantar una pesada losa, sobre la que yacía el cadáver. Es indudable, que una exploración arqueológica de estos países, habrá de aclarar incógnitas de la Historia.

caid Sidi Sulema ben Daud y las villas de Tisgui, Icht, Amgud, Agard, Tagamud, Iguimer, Adai y otras muchas situadas, como el oasis de Tata, en la vertiente N. del Dra; regiones que había también tratado de evangelizar el beato Fray Tadeo de Canarias, enterrado y venerado por los indígenas en Tagaost, donde los reyes católicos cobraban almojarifazgo.

El rey Fernando el Católico, llegó a tener un representante en Tarudant y a enviar diputaciones a Marrakex, como refiere Diego de Torres, (1) habiendo ordenado al adelantado en Canarias, Fernández de Lugo, que construyera fortalezas en Bojador y en el Nul o Nun, donde se levantó en 1499, un torreón de madera llamado San Miguel de Saca (Assaka se denomina hoy este río), situado a 20 leguas de Tagaost; torreón que fué sitiado por los indígenas y abandonado poco después. En 1524, fué sitiada Santa Cruz de Mar Pequeña, la que por falta de socorro, debida a una epidemia reinante en Canarias, hubo de sucumbir, después de heroica resistencia. El emplazamiento de esta torre es muy discutido; se la sitúa en Puerto Cansado, donde existen ruinas de un torreón y cuyas circunstancias coinciden con el nombre de «mar pequeña»; se la establece también en la desembocadura del Xebika, en la del Dra y en Ifni, donde la coloca el tratado internacional, que nos asigna en esa región una zona en la que, después de estudiarla, no hemos realizado acto de presencia. Todos los indicios, parecen desde luego, señalar la situación de aquel puesto, al N. del Dra y aun del Nun, toda vez que el tratado, celebrado en la alcazaba de Tagaost, en 15 de febrero de 1499, por el que se sometieron a los reyes católicos: Tagaost, Ufran, Tata y Tamanart, fué rectificado tres días después: «a los 18 días del mismo mes e año, en el castillo de Ifni» y próximas al morabo de ese nombre, existen unas ruinas denominadas muy significativamente «borch er rumi» o sea «fortaleza del cristiano».

En el siglo XVI abandonaron definitivamente estas costas los castellanos, limitándose tan solo a razziarlas periódicamente desde Canarias, preocupados por los descubrimientos en América y en los siglos subsiguientes, hasta que O'Donnell, conocedor del problema por ser canario de nacimiento, incluyó, en las cláusulas del tratado de 1860, la concesión de un establecimiento español en la costa SO. del Mogreb, únicamente se efectuaron débiles intentos por Carlos III, recabando dicha concesión, frustrados por los diplomáticos marroquíes, que alegaban no ser el Nun de su soberanía, alentados por la pasividad del embajador Jorge Juan.

Por estos tiempos, la tradición local, coloca al S. de la Sekia

el Hamara, cabilas menos importantes como: El Mnaser (región SE.), Ida U Ziki (comarca actual de Izig), Djisa (en lo que hoy se denomina Tadjes) y Lanatra y Xiadma que nomadizaban conviniendo con los Xnaguel y Beni Degug, más al S. Los sonrai continuaban por este tiempo dominando en el Adrar y puede decirse que influían de lleno en todas estas comarcas.

Mientras tanto, en las fronteras septentrionales de nuestro desierto actual, tenían lugar las contiendas de la dinastía marroquí El Utasin, con los xorfa de Tarudant saaditas, que acabaron fundando la dinastía de ese nombre y tuvieron un historiador castellano en Diego de Torres (1), movimiento marabúutico que, contra lo que suponen algunos historiadores, se originó en el Sus y no en el desierto, cuyas gentes sin embargo, tomaron parte en las guerras de esos xorfa y en las que tuvieron por objeto arrojar a los cristianos de las costas occidentales, quedándose solo Arguin, isla de Mauritania que pasaba de manos portuguesas a las españolas, holandesas, inglesas y francesas. Consolidada la dinastía, el sultán Muley Ahmed el Mansur (ed dahabi o dorado) atravesó el Sahara, sometió sus tribus, que acogieron y dieron tributo al invasor y acometió la conquista del reino sonrai, tomando como pretexto la explotación de unas salinas. En esta expedición, en que tomaron parte 18.000 caballos, al mando del «xerife Mahamete», estuvo el escritor granadino Marmol y Carvajal, quien recorrió el Sus, Tarudant y el Tekna, manifestando no pudieron llegar a «Tombutto» y en la «Acequia el Hamara» murieron los caballos, teniendo todos que retroceder por falta de agua, sin llegar a las manos con el rey negro, que salió a su encuentro con 300.000 hombres (2).

En este siglo, otro viajero español, León el africano (Abu el Kasem Hassan) recorría el Sahara occidental, llegando por tres veces a Tumbuktu. Era musulmán y el papa le convirtió al cristianismo; después de lo cual, escribió en árabe su «Descripción del Africa», en la que habla de los «Duleim», de los sanhaga, de las minas de sal de «Tegaza» y de las poblaciones de «Tesset» (Tichit), «Gualata» (Ualata), «Guaden» (Uadan) y Aravan. Posteriormente tradujo su libro al italiano.

Vicente GUARNER

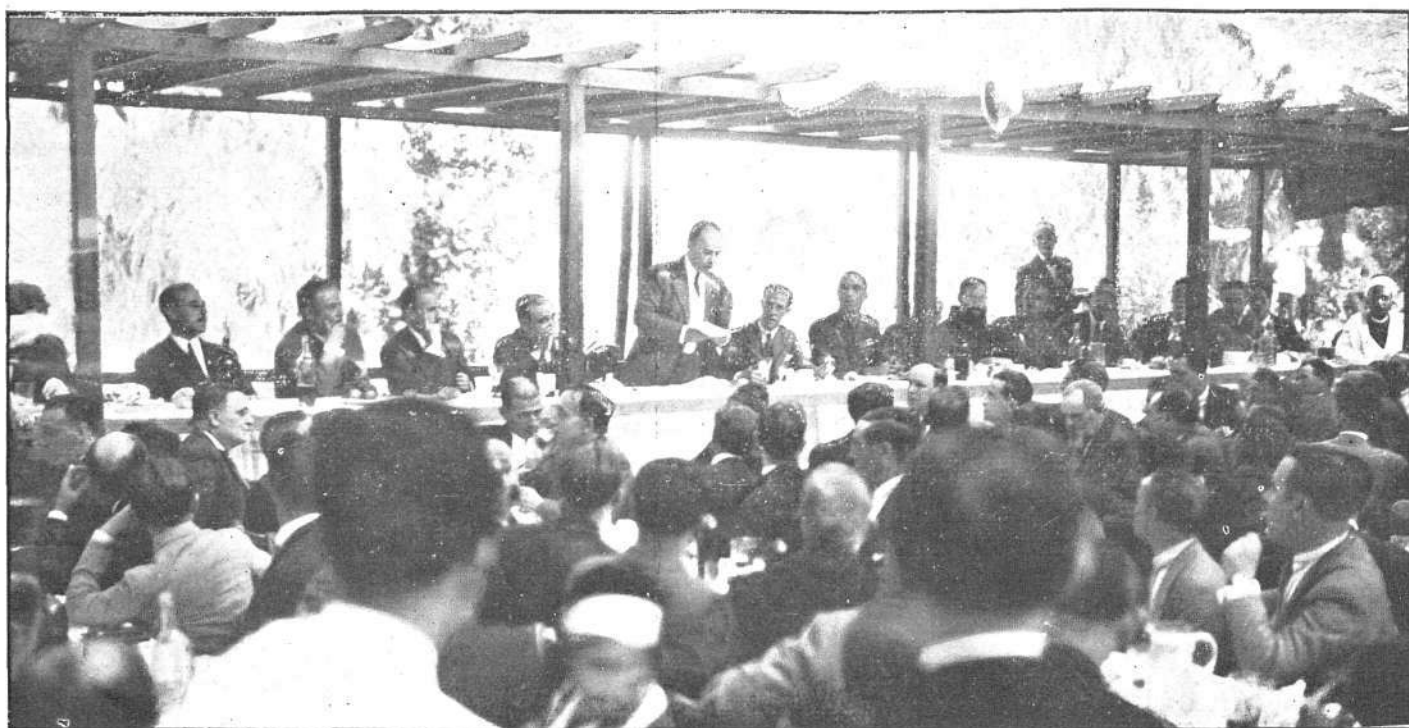
(1) Diego de Torres.—Historia de los Jerifes.

(2) Marmol y Carvajal.—Descripción general del Africa e historia de las guerras contra los infieles. Describe Tagaost a 20 leguas del Oceano; habla de los castillos de moros en la provincia de Dara (Dra) para preservarse de las invasiones de los Zorgan (glzarguin?) tribu nómada del N. de la Sekia; describe la «Adahara» (Adrar) habitada por los «Ulad Huesein» (Beni Hassan) y habla de los Duleim y de los zenagas, así como de la penetración portuguesa, en forma análoga al cronista de esta nación, Gomes Eannes de Azurara.



Poblado de Río de Oro.

(Fotos de la colección Coronel Asensio)



Nuestro representante en Tánger, Excmo. Sr. D. Manuel Aguirre de Cárcer, leyendo su magnífico discurso en el banquete popular con que se festejó la fiesta de la Raza en Tánger. (Foto Blanco).

CRONICA MENSUAL DE TANGER

I.—LA COLONIA ESPAÑOLA

YA se sabe que en los últimos años se ha descuidado mucho la organización de la vida colectiva de la colonia y la corroboración de lo español en Tánger. En el campo acotado por los acuerdos internacionales, no nos quedaba otro recurso que hacer honor a la firma estampada. Pero en ese otro de libre competencia y entregado a las disputas de todos, hubiera sido de desear que la actividad española se hubiera manifestado con más eficacia. Y no solamente no hemos conservado lo que teníamos en algunos órdenes de actividad, sino que hemos retrocedido. Y así, ni son en el día los hospitales españoles los mejores de Tánger ni son bastantes las escuelas que aquí tenemos, no ya para atraer a extranjeros, sino ni siquiera para atender a las necesidades o conveniencias de los españoles. En el terreno de los negocios ha venido ocurriendo algo parecido. Otras colectividades nacionales muy cuidadosas de aumentar sus intereses, se han organizado y han obrado organizadas. Entre los españoles no ha habido más que dispersión e individualismo, lo cual es igual a desorden y esto igual a ineficacia. En total, estacionamiento y retroceso.

El nuevo ministro de España en Tánger parece haberse dado cuenta de esta situación y parece asimismo haber reaccionado, pues son varias ya las realizaciones de su iniciativa en cinco meses que lleva aquí. Esta voluntad de ampliar y de corroborar lo español se ha puesto de manifiesto en la celebración de la Fiesta de la Raza de este año, organizada según indicaciones personales de D. Manuel Aguirre de Cárcer. De ella daremos cuenta más abajo. Ahora vamos a notar algunos de los logros hechos por el nuevo ministro.

De una manera definitiva podemos anunciar ya que han quedado fusionadas dos importantes sociedades españolas: El Círculo de la Unión Española y el Club Deportivo Español. Se les ha concedido local propio, amplio, ventilado, con salones adecuados para el deporte, el estudio y el recreo y, admirablemente situado, pues lo está en las casas del Estado español, que dan hacia la Avenida de España.

Es presidente del Círculo D. Manuel Millet, y del Club el doctor D. Rodrigo R. Marchena. No sería justo dejar de dar a estos dos españoles la parte que les corresponde en el mérito de haber logrado la fusión, removiendo esos obstáculos pequeños, pero a veces muy difíciles, que en empresas de esta índole suelen presentarse. Pero nada habrían conseguido sin el espíritu y la voluntad de realización del nuevo ministro de España. Suponemos que en Madrid se recibirá esta decisión particular del ministro con el elogio con que se ha recibido aquí.

Con carácter de urgencia se ha conseguido que empiecen a construirse dos nuevos grupos escolares españoles. Y cree-

mos saber que el ministro de España tiene la intención de invitar a algún célebre pedagogo español para que según sus dictámenes sean levantados los nuevos edificios escolares.

Pero como esta obra consumirá por lo menos un año, bueno fuera que ya ahora mismo, y provisionalmente, se habilitara alguna de las numerosas casas que aquí tiene el Estado español, para colegio. Estamos seguros de que esta idea no desplace al señor Aguirre de Cárcer, y ya se supone que tampoco desagradaría a los españoles.

II.—CORROBORAR LO ESPAÑOL

Tal es lo que con todas estas iniciativas y realizaciones se persigue con muy acertada política, por cierto. Con la única política acertada. Ampliar la influencia de lo español, anclar más lo español en los españoles, imprimir la huella española en todo lo que se pueda; esta es la única labor posible y la única eficaz y definitiva.

Los tratados pasan. No siempre en una negociación puede conseguirse lo que se quiere, por circunstancias accidentales que no tienen que ver nada con la razón ni con el derecho. Pero los hechos permanecen. Y en fin de cuentas los hechos deciden. Si de hecho se consigue la primacía de lo español aquí, no con ello se modificará automáticamente el estatuto vigente, pero se reserva el porvenir. Si lo español se estaciona o disminuye, —estacionamiento es igual a disminución, porque la vida no se detiene, sino que continúa—, hemos comprometido el porvenir y malbaratado el precio de grandes sacrificios.

No es lícito olvidar estas ideas generales ni es permitido separarse de ellas. Todas las reformas que hemos ido señalando y otras que hay en proyecto van enderezadas a ese fin general de dar nueva fuerza y más amplitud e influjo a lo español. Ahora es conveniente que todo lo que aquí gasta el Estado español sea administrado con la mayor eficacia, como conviene también la buena administración y perfecta economía del esfuerzo de todos. Si ciertas subvenciones han perdido su razón de ser en algunos sitios, pueden tenerla muy apropiada en otros. De los servicios españoles de Tánger se ha apoderado la rutina y viene haciéndose puramente por costumbre, por inercia, lo que debiera siempre hacerse con plena vigilancia y conciencia y con atención a todas las emergencias, para cambiar de rumbo o de aplicación del dinero cuando convenga.

Es imposible dejar de tributar un aplauso al nuevo ministro de España por las preocupaciones que manifiesta. Lo que ahora importa es no cejar, porque no todo consiste en comenzar, sino que el mayor mérito está en no desmayar y en terminar. Proseguir y terminar, opóngase quien se oponga, y haya los obstáculos que haya. No lo olvide el señor Aguirre de Cárcer. Porque

para no decidirse a vencer dificultades, mejor es no empezar, o simplemente no vivir.

III.—LA FIESTA DE LA RAZA

Es, como se sabe, tradicional también en Tánger. Esta y la del Rey de España puede decirse que son las más característicamente tangerinas y las más bulliciosas, porque en ellas participan o a ellas se asocian, de un modo o de otro, todas las colonias extranjeras y las comunidades musulmana y judía.

Este año hubo un gran banquete popular de 400 comensales en la Villa Harris, y una función de gala en el Gran Teatro Cervantes. La iniciativa del banquete fué del ministro, que tenía deseos de ver reunida a toda la colonia española en un día de la solemnidad del 12 de octubre. A él asistió también el conocido escritor D. Federico García Sanchiz, del que en esta misma crónica tendremos ocasión de hablar más extensamente.

A los postres pronunció unas palabras de saludo el Sr. García Sanchiz. Y luego el ministro de España, D. Manuel Aguirre de Cárcer, leyó el siguiente discurso, que transcribimos íntegramente.

«Los que esperan de mí un discurso extenso, fluído, van a quedar defraudados. Aun suponiendo que el tráfico diario y las preocupaciones a veces penosas y absorbentes que mi labor me impone, me hubieran dejado el tiempo necesario para trazar el fondo de un gran discurso y para pulir cuidadosamente las palabras que sirviesen de vehículo a mi pensamiento, la magnitud del tema superaría a mis modestas posibilidades. No es empresa fácil cantar—y cantar abreviadamente—la grandeza de una raza que descubre un continente; que lo puebla; que engendra más de veinte naciones distintas; que transmite a más de cien millones de seres humanos el tesoro de su lengua, la joya peregrina de su arte y las peculiares virtudes de su genio nacional caballeroso e hidalgo; que arrostra la crisis de su maternidad y el peligro de su inmensa expansión y que logra por último convertir en amor y en amor que perdura y que crece, el grave dolor de su propia escisión.

La mejor aureola de la Raza es la que se cierne mudamente sobre esas veinte naciones que asombran al mundo con la exuberancia de su propia vida y la mejor corona para la nación que les dió vida consiste en ese hecho sencillo pero conmovedoramente significativo de que, al hablar de España nuestros hermanos de América, la llamen todavía Madre. ¡La Madre Patria!

Un orfebre peregrino de la palabra; un artista representativo e ilustre que es en este instante nuestro huésped, personificará esta noche uno de los más notables aspectos del genio de la raza; la elocuencia ibera; la elocuencia española. Yo no puedo ni tal vez debo invadir su terreno. La misión que me liga a vosotros exige de mí otro esfuerzo distinto y más grave. Y yo defraudaría de nuevo vuestra esperanza y no respondería debidamente a esta especie de atmósfera expectante, dentro de la cual resultan mis palabras como en una campana sensible y vibrante, si en esta primera vez que tengo el honor de dirigirme a la colonia española de Tánger, limitara mi intervención a pronunciar una mera disertación literaria que en otros momentos estaría quizá en su lugar.

No. Yo os debo algo más. Yo os debo por lo menos otra cosa distinta. La hora actual exige de mí actos más que palabras. Desde que llegué a Tánger he tratado de ajustar mi gestión a esta convicción arraigadísima. Y por que estoy persuadido de ello quisiera en este día de hoy; en este día de tan nobles evocaciones daros dos cosas: primero, un consejo, segundo, una grata noticia.

El consejo es que os unáis. En la unión está la fuerza, nuestra fuerza. Yo estoy seguro de que este ruego mío os servirá de guía y de tónico.

Yo ví al llegar a Tánger que para uniros necesitábais algo que os sirviera de nexo y de timón; necesitábais además un estimulante y un tónico. Una nave abandonada, una nave sin rumbo no puede hacer otra cosa sino vagar azarosamente y quién sabe si estrellarse al fin contra los bajos de las costas. Yo puedo, yo quiero, yo debo ser para vosotros un elemento aglutinante y paternal; yo quiero que en mí veáis a vuestro jefe y a vuestro protector; un protector y un jefe que apoyará vuestras aspiraciones en lo que tengan de justas y que algunas veces se anticipará a vuestros anhelos; lo vais a ver; lo veréis hoy mismo. No siempre conseguiremos nuestros deseos, pero tampoco nos serán negados siempre; porque el que llama a una puerta y llama con insistencia y llama con fe y entusiasmo, acaba por conseguir que

la abran y más cuando al otro lado del umbral está nuestra Madre.

En todos los tiempos, y más aún en esta época azarosa de la post-guerra, en que la humanidad hondamente conturbada aún por una crisis terrible, sufre aún social y económicamente sus efectos; en todos los tiempos, los hombres se han dividido en campos distintos y se han dejado a veces arrastrar por la pasión; en esta diversidad, en esta lucha, lícita siempre que se desenvuelva dentro de la ley, dentro del respeto a las ideas ajenas y contrarias y sin más armas que las nobles armas del pensamiento; en esta lucha, repito, está la vida misma de los hombres y no se puede pedir que no exista, porque su existencia es una ley biológica inevitable. Pero por lo que se refiere a vosotros, yo os pido solo que, sobre todas esas posibles diversidades y por encima de todos los personalismos y de todas las banderas tratéis de poner siempre un sólo sentimiento: el amor a la Patria.

Si queréis ver además en mí un hermano y un guía, imitad mi optimismo. Yo aunque era aún casi un niño, viví los días sombríos del 98 y sentí lacerada mi alma por el dolor de aquella hora; asistí entonces a la reacción pesimista que se apoderó del alma nacional; a la negación de las más puras glorias españolas, negación de la que pudiera citarse como curioso ejemplo un artículo de Azorín, en el que, si no me engaña la memoria, declaraba que no le agradaba el Quijote y trataba de derribar espiritualmente la estatua inmortal de Cervantes. Y ya véis; ese mismo escritor ha sido después uno de los más entusiastas glosadores y apologistas de nuestra literatura clásica y hasta diría que ha hecho de esa labor de rehabilitación apasionada, la meta literaria de su vida.

Y cito esta evolución como símbolo de la evolución que se ha operado desde aquella época en el espíritu español.

La generación actual no piensa ni siente con el amargo pesimismo de la llamada generación del 99, y yo os digo que una nación que ha experimentado una transformación tan enorme como la de España en estos últimos quince años, que ha adelantado en tres lustros lo que otros países en cien años: un pueblo que ha realizado un esfuerzo como el de España en Marruecos a partir del desembarco en Alhucemas, un pueblo así, de una vitalidad tan inmensa y de una capacidad de reacción tan heroica, es un pueblo grande, que no debe ignorarse a sí propio y que sin dejarse adormecer por ilusionarios espejismos, tiene el deber de creer en sus propios destinos raciales; tiene obligación de ser optimista.

Hace unas semanas, con motivo de una fiesta que tuve la satisfacción de ofrecer a los Exploradores españoles, contemplaba yo desde el Monte las costas españolas, y al mirar después a aquel grupo de aguerridos y entusiastas muchachos, pensaba con melancolía íntima que muchos de ellos, a pesar de ser españoles; a pesar de amar a España con el fuego propio de sus almas juveniles, tal vez no han pisado jamás el suelo de la Patria, algunos de ellos, ¡quién sabe! tal vez no lo pisarían jamás. La amargura intensa que esta consideración me produjo, hizo que mi espíritu, por un movimiento casi rutinario, casi automático, se resolviese interiormente contra la aparente pasividad de los Gobiernos. Reaccioné sin embargo y reaccioné pronto. En nuestros países latinos de todo se echa la culpa a los Gobiernos. Y muy a menudo, señores, la culpa, si culpa hay en estas cosas, cuyo arreglo es muchas veces imposible, no es de los que están más arriba, no es del Gobierno, sino de los que no le informan bien. Es difícil; mejor dicho, es casi imposible que cierto género de ideas irradian espontáneamente del Poder Central. Insistiendo sobre la imagen que empleé más arriba, os diré que es difícil que una puerta se abra si nadie llama a ella.

Yo he llamado a esta puerta y casi instantáneamente he sido acogido. Yo he pedido una respuesta para una fecha fija ¡la Fiesta de la Raza! y la víspera del mismo día de la Fiesta de la Raza he recibido la respuesta del Gobierno aprobando con cariño mi propuesta de establecimiento del turismo escolar español. Doscientos niños españoles pasarán anualmente una semana en España invitados por el Gobierno de su Patria y acompañados por sus profesores. Cien irán en otoño; ahora, dentro de unos días; en cuanto haya tiempo material de organizar el viaje; otros ciento la primavera próxima, y así sucesivamente. Dentro de ese número irá incluido un grupo de jóvenes musulmanes amigos de España y un núcleo de muchachos sefardíes que volverán a pisar así la tierra de sus antepasados. No se trata de un proyecto, sino de una realidad; la autorización del Gobierno llegó como

os digo en la madrugada de anoche y el crédito está ya en Tánger a mi disposición.

¡Vuestros hijos irán a España!, conocerán Sevilla y Granada; contemplarán la Giralda, se embelesarán ante la Alhambra y formarán de ese modo un tesoro de recuerdos y de emociones que en el crisol de sus corazones infantiles, les ayudará a forjar el oro purísimo de su inquebrantable adhesión a la Patria.

Hay otras obras más urgentes; lo sé: la Escuela, el Hospital. Pero en primer lugar, yo os prometo solemnemente y creo que ya podré mereceros algún crédito, que las obras del nuevo grupo escolar empezarán en plazo brevísimo. Y en segundo lugar, aunque haya otras obras quizás de más urgente realización, ninguna al menos a mi juicio, de mayor contenido emocional y aun de más alta transcendencia política y educativa. Ninguna tampoco más inmediatamente realizable. Porque para llevar a cabo la obra del Turismo escolar español bastaba que el Gobierno quisiera. Y el Gobierno ha querido. Yo experimento—perdonadme—un pequeño sentimiento de satisfacción por haber tenido la iniciativa de esta idea que, sin sugerencias de nadie, salió espontáneamente de mi cabeza como una pequeña Minerva armada contra la fuerza de su contenido emocional, del amor a la Patria.

Pero la gratitud por la resolución se la debéis al Gobierno, al General Berenguer y a su amor hacia todo lo que se relacione con la acción de España en Marruecos y con el prestigio de nuestra Patria. Y al Duque de Alba en cuyo espíritu encuentra inmediata acogida todo cuanto suponga una noble iniciativa cultural.»

IV.—EN EL TEATRO CERVANTES

Varios días antes se habían agotado las localidades en el Gran Teatro Cervantes. Tal era la curiosidad que había excitado el anuncio de la «charla» de García Sanchiz.

El teatro, pues, abarrotado, El escenario, apercebido parti-

cularmente para la función. Se improvisó en él un patio andaluz. Varias muchachas de la localidad representaban a sendas nacionalidades o regiones españolas. Así aparecieron sobre escalinatas y bancos de azulejos, a vueltas de flores. En este «decor» pronunció su charla García Sanchiz.

Fué esta acomodada a las circunstancias. Habló de las regiones españolas. Comparó a España con el compuesto aristotélico y fué examinando los cuatro elementos, no todos en todas las partes de España, sino unos predominando en unas y otros en otras, con variedad y copia de alegorías y de imágenes.

No es posible dar un extracto. Primero, porque aunque la hubiéramos taquografiado fielmente, transcrita aquí ya no sería la charla de García Sanchiz. Le faltaría un elemento y por lo tanto estaría sustancialmente incompleta, es decir, sin vida. La charla no es solamente las palabras, sino también el gesto. Y el momento de comunicación de Sanchiz con el público. La charla es García Sanchiz, en el escenario, de pie, manejando hábilmente todos los resortes del alma del público y sosteniendo la suspensión de todos. La descripción de estos resortes sería descubrir el secreto de ese arte particularísimo de García Sanchiz. Descripción imposible, porque por algo es un secreto. Las charlas no son más ni menos de lo que son. Una particularidad, una manifestación artística, —periodística o cinematográfica— muy individualizada, muy de García Sanchiz. En eso está su mérito y su hechizo.

Duró cerca de dos horas. La gente, no solamente no dió muestras de cansancio, sino que hubiera oído por más tiempo al «causeur».

También participó en esta fiesta una orquestina improvisada por el Círculo de la Unión Española.

Y finalmente, la Banda de la Legión. Un programa muy de circunstancias, maravillosamente interpretado.

Santos FERNANDEZ



El ilustre creador de las «charlas líricas» Federico García Sanchiz, rodeado de las señoras y señoritas que presentaron un soberbio cuadro alegórico en la Fiesta de la Raza en Tánger.

LAS FUERZAS MILITARES DE MARRUECOS

EJERCICIOS DE CONJUNTO

COMO complemento del período de instrucción y en analogía con lo realizado el año último, durante la primera quincena del presente mes se llevaron a efecto en todas las Circunscripciones, ejercicios de conjunto, que encaminados muy especialmente a practicar la unión y enlace entre las distintas armas y cuerpos sirvieran al propio tiempo para comprobar las condiciones del mando en todos sus escalones jerárquicos, el grado de entrenamiento de las tropas, el buen funcionamiento de los servicios, la capacidad y rendimiento de los transportes, y como resultado de todo ello, la eficiencia de los distintos elementos que constituyen las Fuerzas Militares de la Zona.

Fijando en 30.000 hombres el número de los que habían de concurrir a las maniobras, se dictaron normas para su ejecución, señalándose a cada Circunscripción un tema limitado en principio a la rápida concentración y despliegue de las Fuerzas en lugares alejados de las bases, para oponerse a la acción de núcleos pertenecientes a un bando contrario cuya situación e intenciones probables se conocen. Tratándose de una rápida concentración de fuerzas se previno para la misma, la utilización de todos los elementos de transporte disponibles, y como ensayo para deducir las ventajas que podría reportar en un momento dado el empleo de Baterías transportadas en camiones, se condicionó el ejercicio dentro de cada Circunscripción, al transporte por dicho medio de una de las Baterías asignadas a cada una de ellas.

Para la observación aérea quedó afecta a cada Circunscripción una patrulla de aviones, reservándose el mando una escuadrilla.

De acuerdo con lo dicho, el día 2 del actual dió comienzo la ejecución de los ejercicios que, dirigidos por los Generales Jefes de Circunscripción, se desarrollaron en la forma que a continuación se indica:

CIRCUNSCRIPCIONES DE CEUTA Y LARACHE.

El tema propuesto común a las Circunscripciones de Ceuta y Larache supone que fuerzas irregulares de Infantería, cuyo efectivo se calcula en unos mil hombres (Bando A), han pasado desde Yebel Alam al Buhasem por Bab Stah y Bab Arosa, y que fuerzas de Intervenciones, pertenecientes al Bando B (fuerzas de Ceuta y Larache), han ocupado dichos pasos y el Bab de Bu Megait en la tarde del mismo día. La misión asignada a las fuerzas de Ceuta, consiste en desplegar en la vertiente mediterránea del macizo, mientras las de Larache lo hacen en la vertiente atlántica para estrechar el cerco del enemigo entre los pasos anteriormente citados, dándose por terminado el ejercicio al alcanzar todas las fuerzas las posiciones de partida para el ataque.

Para la ejecución de las maniobras la Circunscripción de Ceuta hace intervenir 9.260 Infantes, 935 de Caballería, 775 de Artillería, 250 de Ingenieros, 240 de Intendencia y 80 de Sanidad, que organiza en dos agrupaciones de a dos columnas, y una columna de reserva cuya composición es la que sigue:

1.ª agrupación, columnas 1.ª y 2.ª al mando del Coronel Martínez Monje.

1.ª columna (Teniente Coronel Múgica) 2 Escuadrones y un Tabor de Regulares, 2 Tabores de Mehal-la, un Batallón, una Bandera, una Batería de 10'5 y servicios.

2.ª columna (Teniente Coronel Rodríguez Arzuaga) un Escuadrón y un Tabor de Regulares, 2 Tabores de Mehal-la, un Batallón, una Bandera, una Batería de 7'5 y servicios.

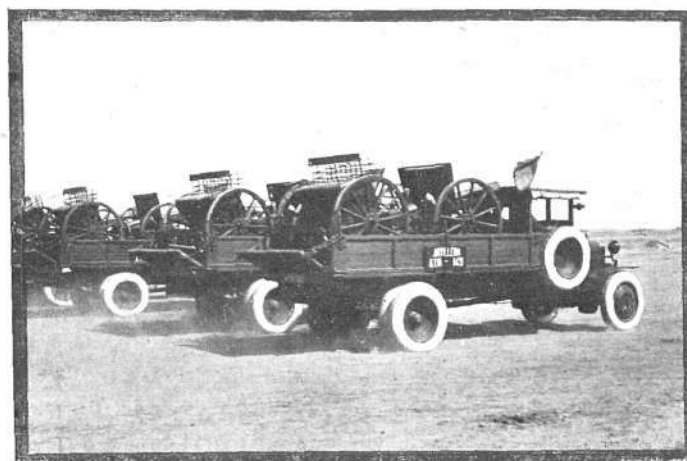
2.ª agrupación, columnas 3.ª y 4.ª al mando del Coronel Liniers.

3.ª columna (Teniente Coronel Badía) Escuadrón y una Bandera del Tercio, 2 Tabores de Regulares, 2 Tabores de Mehal-la, una Batería de 10'5 y servicios.

4.ª columna (Teniente Coronel Villalba) 3 Escuadrones y 2 Tabores de Regulares, 2 Tabores de Mehal-la, una Bandera, una Batería de 7'5 y servicios.

Columna de reserva (Teniente Coronel Arce) un Tabor de Caballería de Mehal-la, un Batallón, una Batería de 10'5 (transportada), sección de autos blindados y servicios.

La concentración se inicia el día 2, quedando el día 3 establecidas la 1.ª columna en el Tlata de Beni Ider, la 2.ª en Zoco



Arriba: El General Sousa en la revista pasada en el Campamento de Drius. Abajo: Material de Artillería en camiones.

el Arbua, la 3.ª en Dar Acobba, la 4.ª en Puente Fomento, y la de reserva, en Hamara.

Dada la orden de avance, el movimiento se divide en dos saltos, alcanzándose en el primero la línea jalonada por Adiaz Dar Salah, Audal Meyahedit y Timisal, para la primera agrupación, y Abhada, Lachais Amelai, para la segunda, y en el segundo salto la línea Bab Stah, Lahsen, Alcazaba de Sidi Liasid, Taïensa y Kudia Drafa, para la primera, y desde este último punto por Adaio y Bubien al Bab de Bumegait, para la segunda.

Alcanzados estos objetivos, se da por terminado el ejercicio, procediéndose al repliegue de las fuerzas para concentrar en las inmediaciones de Zoco el Arba las columnas que constituyen la 1.ª agrupación y la columna de reserva, y en Puente Fomento las de la 2.ª agrupación.

La Circunscripción de Larache concentra 4.210 hombres de Infantería, 440 de Caballería, 400 de Artillería, 250 de Ingenieros, 120 de Intendencia y 80 de Sanidad; organizados en dos columnas principales, un Parque móvil y un núcleo de reserva, cuya composición es la que sigue:

Columna Peña, 2 Mías montadas y 2 Tabores de Mehal-la, un Batallón, una Batería de Obuses y servicios.

Columna López Gómez, 2 Escuadrones y un Tabor de Regulares, un Tabor de Mehal-la, un grupo de tres compañías, 2 Baterías de 10'5 y servicios.

Grupo Móvil (Yagüe), 2 secciones de Caballería y 3 Tabores de Infantería de Regulares y servicios.

Núcleo de reserva, un grupo de tres compañías, una Batería de Posición de 10'5 (transportada) y servicios.

La concentración se inicia el día 3 y queda terminada el 4, situándose en el Jemis de Beni Arós la Caballería, un Tabor de Infantería y servicios del Grupo Móvil de Yagüe y la columna Peña (que destaca un Tabor de Mehal-la y la Batería a Ain Grana) y en Mexerah el resto del Grupo Móvil con

diez cargas del Parque Móvil, la columna López Gómez y el núcleo de reserva, avanzando la Batería transportada a Feddan Yebel.

El día 6 comienza el avance de todas las fuerzas sobre el Buhasen, ocupando Ain Grana la columna Peña, que destaca su caballería a Selalem, para proteger el avance de las fuerzas de Yagüe del Jemis con orden de retirarse al ocupar estas últimas Emsila; los dos núcleos en que está dividido el Grupo Móvil avanzan desde el Jemis y Mexerah a Agla, y la columna López Gómez marcha a Hauta, destacando su caballería a la Zauia de Sidi Issef Tilidi. El núcleo de reserva continúa en Mexerah con su Batería y Sección de Zapadores en Feddan Yebel.

El día 7 todas las fuerzas marchan a ocupar las posiciones de partida para el ataque (Selalem para Peña, unión del camino que de Agla vá al de Selalem, Tanglime para Yagüe y Beni Amar para la fracción de López Gómez, que se encuentra en la Zauia). Alcanzados estos objetivos y antes de llevarse a efecto el ataque a fondo, en el que se confía la acción principal al núcleo móvil y a la fracción Hauta de López Gómez, y la vigilancia de los flancos a Peña y a la fracción de la Zauia, se dá por terminado el ejercicio, replegándose las columnas a sus zonas de concentración.

CIRCUNSCRIPCIÓN DEL RIF.

El tema propuesto para esta Circunscripción señala la probable concentración en el curso medio del Uarga de unos 3.000 hombres armados con fusil y algunas ametralladoras, a los que se supone el propósito de marchar por las cuencas del Ketama y el Tagsut, para cortar las comunicaciones entre el Rif y la Circunscripción de Ceuta. Para hacer frente a esta eventualidad, la Circunscripción del Rif concentra 6.120 hombres de Infantería, 610 de Caballería, 675 de Artillería, 450 de Ingenieros, 240 de Intendencia y 80 de Sanidad; organizados en tres columnas con la siguiente composición.

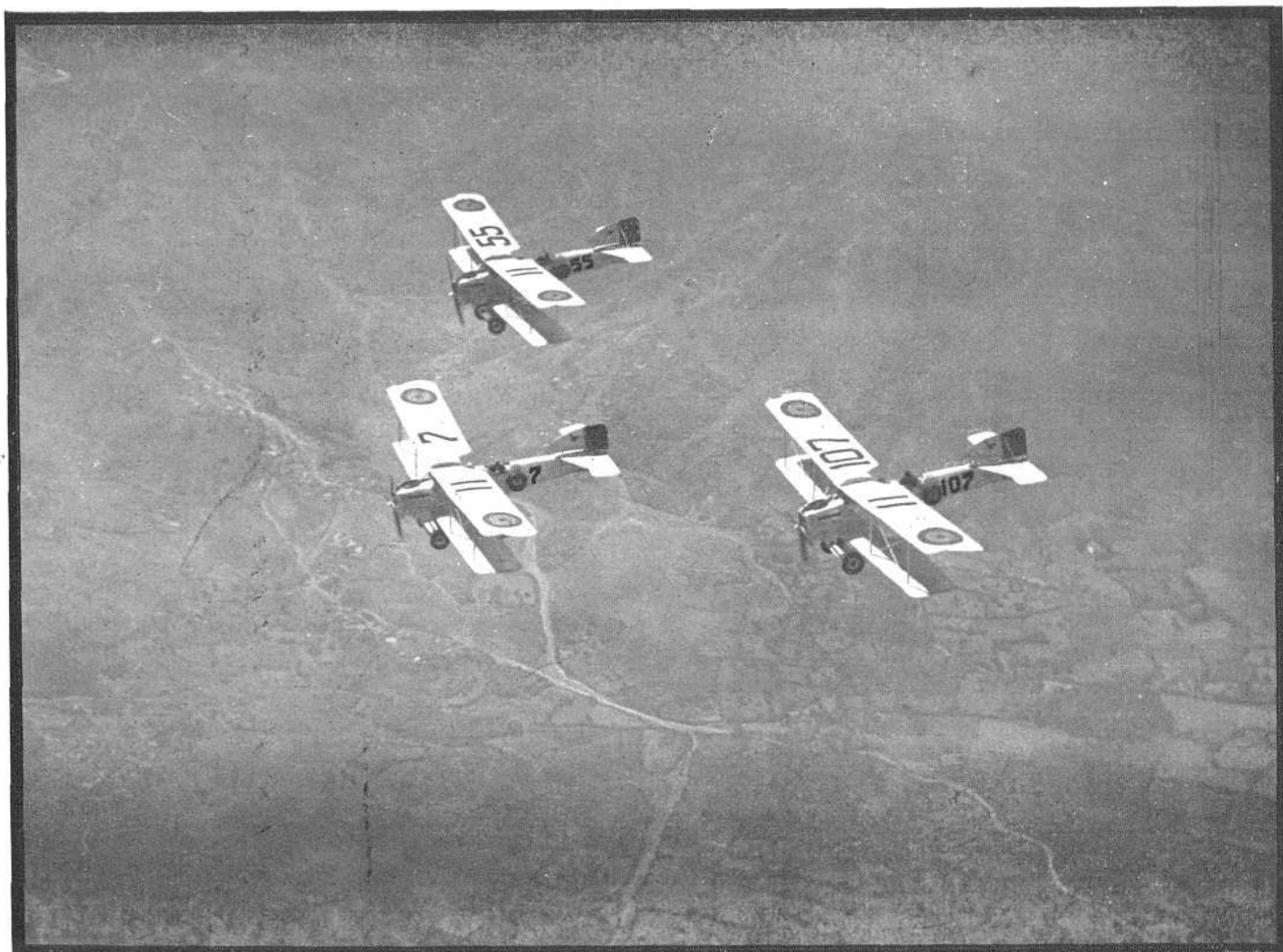
Columna de Oeste (Coronel del Regimiento de Infantería de Africa núm. 68), 2 Escuadrones y 2 Tabores de Regulares,

un Tabor de Mehal-la, un Batallón, una Bandera, una Batería de 7 (transportada), otra de 10'5 y servicios.

Columna del Este. (Teniente Coronel Peñamaría, de Intervenciones), 2 Mías montadas y 5 Tabores de Mehal-la, 2 Baterías de 10'5 y servicios.

Columna de reserva (Teniente Coronel del primer Batallón de Africa núm. 68), un Escuadrón, un Batallón, una Bandera, una Batería de 10'5 y servicios.

Al conocer las primeras noticias acerca de la concentración del Bando A, el mando de la Circunscripción decide ocupar rápidamente la zona amenazada con los elementos más próximos a ella y concentrar y avanzar los restantes elementos para apoyar a los primeros en el más breve plazo. De acuerdo con lo dicho, el día 2 los Tabores de Lehal-la 5.º (Had de Iakeuen) y 6.º (Zerkat), ocupan una línea de vigilancia jalonada por Taria-Tirini-Pebel, Tefest-Tazarine y Bab Afagag, que resulta apoyada en la región de Bab Tizzi, por un Tabor de Regulares, procedente de Azil de Ketama, una Batería de 7 transportada desde Villa Sanjurjo y servicios, y en la región de Zerkat por el Tabor de Mehal-la de Beni Amart, la Compañía Indígena de Montaña, un Tabor de Regulares y una Batería de Obuses procedente de Targuist y servicios. El resto de las Unidades se desplazan este día a vanguardia, y el día 3, tras nuevos avances, queda concentrada en la región de Bab Tizzi la columna del Este y en Imasinen la de reserva. Una vez realizado este movimiento, se organiza y establece en Tiririn (con elementos de la columna del Oeste) un destacamento de enlace y reconocimiento a vanguardia, flanqueado por los elementos avanzados de las columnas del Este y del Oeste, y compuesto por un Escuadrón y un Tabor de Regulares, un Tabor de Mehal-la y la Batería de 7 transportada. Este destacamento y las tres columnas a que antes se ha hecho referencia, vienen a constituir así un dispositivo en rombo que permite hacer frente con toda rapidez, no solo a los ataques que vengan desde el Sur, sino a los dirigidos desde el Este y desde el Oeste, asegurándose el enlace de las fuerzas en Bab Bagla por elementos de la Compañía Indígena de Montaña, que se sitúa en dicho punto. Terminado el movimiento el día 4,



Aviones efectuando un reconocimiento.

se dedica un día más a la práctica de los distintos servicios, y se ordena el repliegue de todas las fuerzas sobre Targuist.

CIRCUNSCRIPCIÓN DE MELILLA

Se supone que un Bando A, compuesto de tropas irregulares, armadas con fusil, y cuyo efectivo es de 2.000 hombres, ha puesto cerco al campamento de Jemis de Tensaman. El Bando B (fuerzas de Melilla), se propone levantar el asedio, y una vez conseguido este objetivo, perseguirá al enemigo, que fraccionado en dos grupos se dirige, un tercio hacia el alto Amekran por la cuenca de dicho río, y el resto hacia el Nekor inferior por la carretera de Tensaman.

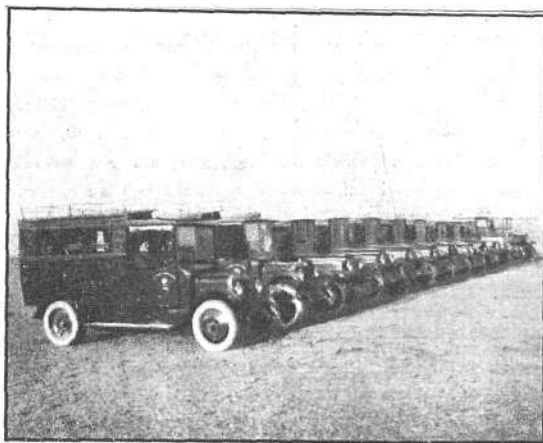
Para el desarrollo del tema la Circunscripción de Melilla concentra 5.240 hombres de Infantería, 410 de Caballería, 300 de Artillería, 250 de Ingenieros y 80 de Sanidad, organizados en dos columnas y un núcleo de reserva, distribuyendo las fuerzas en la siguiente forma:

1.ª columna (Teniente Coronel Cantero). Consta de la columna propiamente dicha que dispone de un Escuadrón de Regulares, una Mía montada, un Batallón, una Batería de 75, transportada en camiones, y servicios y un Grupo Móvil, constituido por un Tabor de Regulares y otro de Mehal-la.

2.ª columna (Teniente Coronel Sánchez González). Un Tabor de Mehal-la, otro de Regulares, una Bandera, una Batería de 105 y servicios.

Núcleo de reserva (Teniente Coronel Rada). Una Mía montada de Mehal-la, una Bandera y servicios.

Previo la concentración de todas las fuerzas en Drius, que se efectúa en un plazo de 12 horas, la primera columna avanza a Tizzi Azza, la segunda a Izumar y la columna de reserva a Tafsit; todo ello con idea de realizar una acción de conjunto sobre el enemigo que cerca el Jemis de Tensaman.



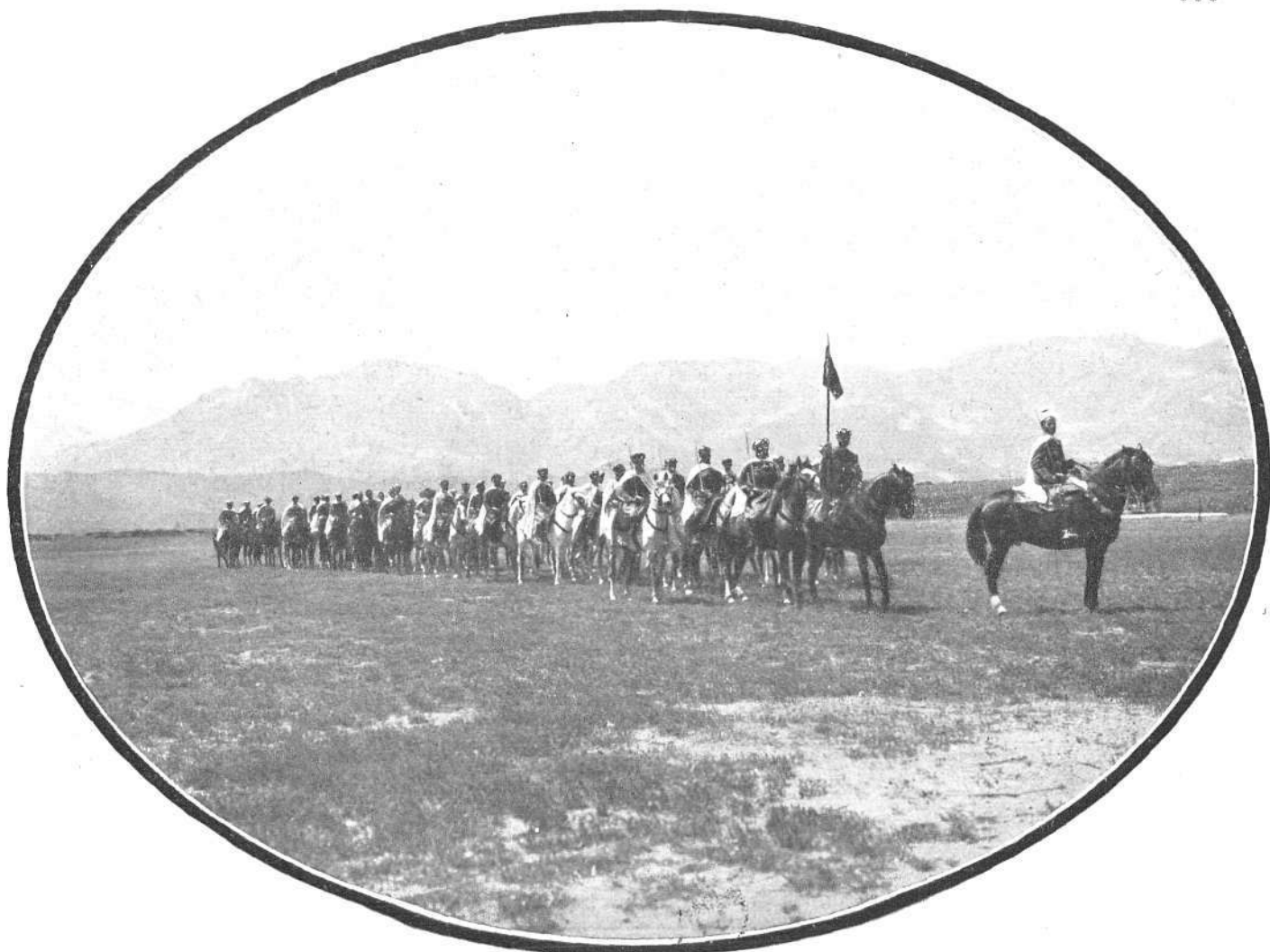
Ambulancias automóviles

Conseguido el primer objetivo a la sola acción de presencia de las fuerzas en los lugares anteriormente apuntados, comienza el desarrollo de la segunda parte del ejercicio (persecución), para la que se reorganizan las columnas, pasando a la columna Cantero el Tabor y el Escuadrón de Regulares del Jemis, formándose con este Tabor de Regulares y otro de Mehal-la un Grupo móvil que por Beni Acquí y Buxdain se une a la columna Sánchez González, separándose de esta última la Batería de 105 y elementos de transporte automóvil, que van a formar parte de la columna de reserva.

La columna Sánchez González avanza a Buxdain, y reunida allí con el Grupo móvil continúa la persecución del enemigo hacia Talamagait, mientras la columna Cantero avanza hacia la cuenca inferior del Nekor, y la de reserva marcha a Tizzi Azza y Tlata de Eslef. El ejercicio se da por terminado al llegar a Talamagait, las fuerzas de la columna Sánchez González y a la divisoria oriental del Nekor las de Cantero, replegándose a continuación todas las fuerzas sobre Drius.

Consideraciones finales. Resultando aún prematuro por falta de datos concretos el análisis detallado de los Ejercicios llevados a cabo, nos limitaremos a decir que la cantidad y variedad de los elementos puestos en juego, el carácter montañoso de los lugares elegidos para su ejecución, su distancia a las bases y el haber sido teatros de múltiples combates durante la campaña, habían de valorizar extraordinariamente el desarrollo de estas maniobras que, aparte sus enseñanzas, han servido para poner de relieve una vez más las brillantes cualidades de nuestro Ejército.

Terminados los ejercicios, el Excmo. Sr. General 2.º Jefe, como encargado interinamente del mando de las Fuerzas Militares revistó el día 6 en Zoco Arbaa y Puente Fomento las fuerzas de Ceuta, el 7 en Jemis de Beni Aros y Mexerah las de Larache, el 8 en Targuist las del Rif y el 9 en Drius las de Melilla.



Mía montada de Regulares